

LA INHABITACION DE LA TRINIDAD

SI ALGUNO ME AMA...
EN EL HAREMOS MORADA
(JN 14, 23)

II

CUADERNOS
DE
ESPIRITUALIDAD

JOSE RIVERA
JOSE MARIA IRABURU

LA INHABITACION DE LA TRINIDAD

SI ALGUNO ME AMA...
EN EL HAREMOS MORADA
(JN 14, 23)

11

CUADERNOS
DE ESPIRITUALIDAD

JOSÉ RIVERA
JOSÉ MARÍA IRABURU

LA INHABITACION DE LA TRINIDAD

Ausencia y presencia de Dios, 1. — *La inhabitación en la Biblia*: Primeras apariciones y palabras de Dios, 2. — Nube, tienda, arca, 3. — El Templo, 6. — Yo estaré con vosotros, 8. — El Espíritu divino, 9. — Inminencia de plenitud, 11. — Jesucristo, hombre divino, 12. — Jesucristo, Templo de Dios, 14. — Jesucristo, fuente del Espíritu Santo, 15. — El misterio de Pentecostés, 16. — La Trinidad divina en los cristianos, 18. — *La inhabitación en los Padres*, 21 —en San Agustín, 25 —*en los grandes místicos*, 30 —en Sta. Catalina de Siena, 31 —en Sta. Teresa, 32 —en San Juan de la Cruz, 34. — *Síntesis teológica*, 38. — Sellados en Cristo por el Espíritu Santo como hijos del Padre, 39. — Amistad con Dios, 42. — *Espiritualidad de la inhabitación*, 44.

Ausencia y presencia de Dios

Tras el pecado original de la humanidad, un tremendo abismo de silencio se abre entre Dios y los hombres, *una distancia infinita parece separar al Creador de su creación*, una distancia más aparente que real,

pues Tú amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti? (Sab 11, 25-26).

Las cosas no pueden existir si no las sostiene en el ser la fuerza omnipotente de su Creador: si El no las sostiene con su aliento, se desvanecen (Sal 103,29). En las criaturas hay una fuerza, una hermosura, un peso entitativo que revelan sin duda la universal Presencia divina que les da el ser. León XIII, citando a Santo Tomás, enseña que

Dios se halla presente a todas las cosas y que está en ellas 'por potencia, en cuanto se hallan sujetas a su potestad; por presencia, en cuanto todas están abiertas y patentes a sus ojos; por esencia, porque en todas se halla como causa de su ser'¹. Todo el cosmos, en este sentido —observa el P. Congar—, es un templo de Dios, pero lo ignora².

Junto a esta *presencia creacional* de Dios en los seres creados, la revelación nos descubre progresivamente la realidad de una *presencia de grada*, en conocimiento de fe y en amor de caridad, en amistad con Dios que deifica al hombre. Más aún, se da exclusivamente en Jesucristo una *presencia hipostática*, la inhabitación absoluta de Dios en un hombre: efectivamente, «en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9).

¹ Ene. *Divinum illud muñas*, 9-V-1897; COL. ENC. 932; *Summa Tbig.* I, 8, 3.

² *El misterio del templo*, Barcelona, Estela 1964, 267.

Primeras apariciones y palabras de Dios

*La historia de la presencia amistosa de Dios entre los hombres comienza en Abraham, en forma de visiones y locuciones excepcionales*³. Abraham, aunque recibe de Yavé promesas casi increíbles y mandatos muy arduos de cumplir (Gen 11,27-12,5; 22), creyó en Dios, y se fió de Él (Heb 11,8s). Y ya emigrado de su tierra, tuvo maravillosas «apariciones» de su Dios (Gen 12,7; 18), que culminaron en una cierta vinculación estable: «Hizo Yavé alianza con Abraham» (ib. 15,18).

Así fue el comienzo de la presencia amistosa de Dios entre los hombres. Se trata sólo de teofanías, manifestaciones, intervenciones de Dios esporádicas, en ciertos lugares — que en adelante se venerarán como sagrados—, a ciertos hombres elegidos. Dios sigue siendo el «Dios Altísimo» (ib. 14,18-20). Ni siquiera es conocido su nombre. Se le nombrará durante siglos simplemente como «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob» (Ex 3,6). Se le dice: «El Saday» (¿Omnipotente? ¿Dios de la Montaña?) o El, Elyon (¿Altísimo?). De todos modos, los hombres del linaje de Abraham van acostumbrándose a vivir en relación religiosa a un Otro divino, de algún modo presente y operante sobre ellos: «Yo soy El Sadai: anda tú en mi presencia, y sé perfecto» (Gen 17,1).

Sucesivas experiencias religiosas muy intensas —y siempre gratuitas— van formando el patrimonio religioso inmenso de Israel. Así, sólo como ejemplo, la visión de Dios que en Betel tuvo Jacob:

Ciertamente está Yavé en este lugar, y yo no lo sabía; ¡qué terrible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta de los cielos (ib. 28,16-17).

Nube, tienda, arca

Muchos siglos más tarde, con Moisés, la presencia divina, la experiencia de un Dios vivo, activo, hablante, va manifestándose en modos más estables y comunitarios. En la zarza ardiendo (Ex 3), en el Sinaí (ib. 19), y en otras muchas ocasiones, Moisés es invadido gratuitamente por un Dios que se le manifiesta, con el que habla «cara a cara, como habla un hombre a su amigo» (ib. 33,11). Pero no obstante la gran intimidad de esta amistad (Núm 12,7-8; Dt 33,1; Eclo 45,1), Dios permanece sumamente trascendente y misterioso: prohíbe cualquier modo de representación suya (Ex 20,4s; 32; Dt 5,8-10), y en una ocasión, ciertamente excepcional, Moisés alcanza solamente a ver el paso de su gloria, de lejos, y «de espaldas» (Ex 33,18-23).

Por fin *Dios revela su nombre a Moisés*, lo cual tiene una profunda significación, pues en la concepción semita el nombre manifiesta a la persona y como que se identifica con ella: conocer el nombre de alguien es adquirir un cierto poder sobre él, desconocer el nombre es ignorar la persona. Pues bien, frente a todo lo que es pasando, Yavé es «el que es»; el que tiene un ser firme, el que está presente, el que puede ser fiel porque no cambia (cf. Ex 3,14).

³ Para el desarrollo bíblico de ese tema, cf. Y. M. CONGAK, o. c.; J. GUILLET, *Esprit Sain*, en *Dict. Spiril.* 4 (1960) 1246-1257; R. MORET-TI, *inhabilation*, ib. 1 (1971) 1735-1745; J. DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, Bilbao, Mensajero-Univ. Deusto 1974; M. FLICK-Z. ÁLSZEGHY, *El Evangelio de la gracia*. Salamanca, Sígneme 1967, 466-478; O. MICHEL *naos*, KITTEL, VII 849-878/1V, 884-895.

Todo esto, sin embargo, para un pueblo religiosamente torpe, próximo a los ídolos, resulta demasiado espiritual. El pueblo, cuando se hizo el Becerro de oro, había dicho: queremos «un dios que vaya delante de nosotros» (ib. 32,1). Eso es lo que pide a Yavé, y lo que éste concede, en una amorosa y condescendiente pedagogía.

Si no vienes tú delante, no nos saques de este lugar [dice Israel a Yavé, y éste responde:] —*Yo mismo iré delante de ti y te guiaré* (Ex 33,15.17). *Que me hagan un santuario, y habitaré en medio de ellos* (ib. 25,8). Estableceré mi morada entre vosotros y no os abominará mi alma. Marcharé en medio de vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo (Lev 26,11-12; cf. Ex 29,45-46).

Y así vemos cómo, en el desierto, a un pueblo nómada, le es dada la imagen presencializadora de un Dios que marcha con su pueblo y lo guía: la Nube, la Tienda, el Arca...

La *Nube* es el sacramento misterioso de la presencia divina⁴, el símbolo grandioso de la transcendencia de un Dios que, sin dejar el cielo —sin dejar de ser el Santo—, se acerca a la tierra, desciende sobre su pueblo para confortarle y guiarle⁵. Es el Santo santificante, la presencia de Yavé, que consagra y reúne al pueblo (cf. Ex 13,21; Núm 14,14). La Nube guía siempre a Israel en su marcha, de día y también de noche —cuando se hace luminosa, como de fuego, Ex 40-38—; y frecuentemente vinculada a ella, la *Gloria*, más identificada al mismo Dios.

Por otra parte, y en relación con la Nube, dispone Dios la construcción de una *Tienda*, una especie de templo portátil (cf. Núm 9,15s; 12,5; 10,11-12; Ex 40,36-38). La Tienda de la reunión, o del testimonio, cuidada por los levitas, se planta separada del campamento, y es el lugar sagrado, privilegiado para el encuentro con Dios (siempre trascendente-cercano). Allí se invoca, se consulta a Yavé, y él responde; pero el pueblo no puede entrar en ella nunca (cf. Ex 25,8-9; 33,7-11; Núm 1,1; 4,4; 7,89; 11,16s; 14,10; 20,6s; Lev 1,1). En ella está la Morada, hecha de preciosas cortinas, donde Dios «habita» (cf. Ex 26; 36,8s; 40,2-3.6).

Pero es el Arca del testimonio el máximo signo de la presencia de Dios en su pueblo; en ella se guardan las tablas de la ley (Ex 26,34; Núm 40,2-3; Dt 10,5). Y sobre ella, el propiciatorio:

Allí me revelaré a ti, y de sobre el propiciatorio, de en medio de los dos querubines, te comunicaré yo todo cuanto te mandaré para los hijos de Israel (Ex 25,22).

Dios, en el Arca, «camina con los hijos de Israel» (II Sam 7,6-7), y desde el Sinaí los guía hasta Jerusalén, donde hallará el lugar de su reposo (Sal 131). Desde el Arca hablará Yavé a Samuel (I Sam 3,3-4), ante ella orará Ana (ib. 1,9), y David (II Sam 7,18s). Cuando sea construido el Templo, allí será el Arca solemnemente entronizada por Salomón, en medio de una enorme devoción popular (I Re 8). (Jeremías habrá de consolar al pueblo de la desaparición del Arca, anunciándoles un modo de presencia muy superior; Jer 3,16-17; 31,31-34).

Nótese en todo esto que, mientras los dioses paganos se mostraban localizados en ciertas montañas, piedras, fuentes, árboles o ídolos, *la presencia de Yavé en medio de su pueblo guarda siempre la transcendencia que corresponde al Creador del cielo y de la tierra*: Dios actúa poderosamente, y escucha a los suyos, en Egipto, en el Mar Rojo, en el desierto, en todas partes. Y propiamente su presencia no se localiza en un objeto material inerte —como los ídolos—, *sino que, a través de ciertos signos materiales, El*

⁴ Cf. A. OEPKE, *néjele*, KITTEL, VII, 905-928/IV, 904-912.

⁵ La nube, como signo de Dios descendente, cf. Dn 7,13; Mt 24,30; 26,64; Me 13,26, o ascendente: cf. Mt 17,5; Me 9,7; Act 1,9; cf. Apoc. 10,1; 14,14.

está presente en medio de su pueblo: El «camina con los hijos de Israel»; éstos son propiamente su santuario en la tierra, los que invocan su Nombre. Moisés, en torno a esta Presencia, ha hecho todo lo posible por unificar al pueblo, antes dispersado en tribus. La razón de ser de este pueblo es justamente la Presencia divina. Los israelitas aprenden a vivir en relación a un misterioso Otro, trascendente y fiel a sus promesas.

Dios trata especialmente con Moisés («Yo estaré contigo», Ex 3,12). Es Moisés quien recibe la Ley y la enseña, en él se establece la Alianza, es él quien habla con Dios, y quien intercede, juzga, exhorta, castiga, en tanto que el pueblo ni se atreve a acercarse a Yavé (cf. Ex 19,17-25; Dt 18,16). Sin embargo, Israel tiene centrada su espiritualidad precisamente en *la proximidad de Dios*:

Porque ¿cuál es, en verdad, la gran nación que tenga Dioses tan cercanos a ella, como Yavé, nuestro Dios, siempre que le invocamos? (Dt 4,7; cf. 4,29).

No hay que olvidar que junto a signos materiales de la presencia divina —como el Arca— están *las intervenciones salvíficas de Dios, experimentadas por el pueblo*. Recordemos sólo una: Estando el pueblo en el desierto amenazado de muerte por la sed, Moisés, obedeciendo a Dios, golpeó con su bastón una Roca de la que «brotaron aguas en abundancia, y bebió la muchedumbre y sus ganados» (Núm 20,11; cf. Ex 17,1-7). Todos estos «hechos» tienen enormes repercusiones en la espiritualidad del AT (cf. Is 48,21; Sal 77,16.20; 113,8), y, la profundidad de su significación sólo se manifestará plenamente, como veremos, en Cristo⁶.

La institución de la Pascua (Ex 12), la antigua Alianza sellada en el Sinaí (*ib.* 19.24), la donación del Decálogo (*ib.* 20), el Arca del testimonio, el sacerdocio levítico, significan una evidente superación de la primitiva economía religiosa de los patriarcas. *Dios va haciendo de su presencia un cuadro de vida en el que se desenvuelve la vida de Israel*. Y esta Presencia divina es un don cuyo sujeto receptor es *el pueblo* en cuanto tal, no el individuo; aunque ya se apunta que la actitud individual de fidelidad o ruptura respecto de la Alianza trae consigo gozar o no de la Presencia de Dios (p. ej. Ex 32,25-29; Núm 12).

El Templo

Los antiguos *lugares sagrados* de la época patriarcal —como Siquem, Bersabé, Betel: Gen 12,7-8; 26,25; 28,17s; 33,18s—, lo mismo que la *Tienda* del desierto, hallan en el gran Templo de Jerusalén la culminación de su significado: Jerusalén significa «Yavé está ahí» (Ez 48, 35).

Fue David quien proyectó construir un Templo en Jerusalén, que haría de la ciudad el centro cultural y nacional de Israel. Dios le pone objeciones, y a través del profeta Natán le asegura la permanencia de su linaje: de aquí arranca *el mesianismo real davídico*, que culminará en Jesús, «Hijo de David». Será Dios mismo quien, sobre una piedra angular davídica, edifique su gran Templo sobre la tierra: «El te edificará Casa a ti» (cf. II Sam 7,11-16).

Más tarde, sin oposición profética, Salomón construyó el Templo de Jerusalén. El cronista narra su apertura solemnísimamente, recordando hábilmente la inauguración de la antigua Tienda por Moisés (Ex 40,34-35), y cuida mucho dejar bien claro que *la gloria del Templo es sólo la presencia misteriosa de un Dios que está «en los cielos»* —es el

⁶ Conviene recordar que en Cristo se manifiesta *el carácter «típico» de todo el AT, pero particularmente del Éxodo*: Egipto (mundo), Pascua (Eucaristía), paso del Mar Rojo (bautismo), desierto (peregrinación de vida cristiana), maná (Eucaristía), Tierra prometida (cielo), Moisés (Jesús), etc.

constante equilibrio entre transcendencia y cercanía de Dios, peculiar de la Biblia, y extraño a las religiones paganas—:

La Nube llenó la casa de Yavé, sin que pudieran permanecer allí los sacerdotes para el servicio por causa de la Nube, pues la Gloria de Yavé llenaba la casa... [Entonces Salomón oró así:] ¿En verdad morará Dios sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo te he edificado! Mas, con todo... que estén abiertos tus ojos noche y día sobre este lugar del que has dicho: 'En él estará mi Nombre'. Cuando hagan oración en este lugar, óyela tú también desde el lugar de tu morada de los cielos (I Re 8,10-11.27-30; cf. II Crón 6,38-41).

La permanencia de Dios en su Templo de Sión es signo de la estabilidad de su gracia: desde allí bendice, escucha, habla y guía a su pueblo, santificándolo con la santidad de su Presencia majestuosa. El Templo, aunque edificado por manos humanas, es un don de Dios; él ha elegido su lugar en la tierra (Sal 67,17; 75,3; 77,68). Y no está Dios apresado y localizado en él, sino que guarda la absoluta libertad de su transcendencia celeste. Cada comunicación divina sigue siendo una «gracia». Su misma Presencia es gracia, que se retira si el pueblo es infiel, y retorna cuando se convierte (Ez 8-10; 43,1-12).

El Templo, dilatación grandiosa de la antigua Tienda, es imagen del Templo celestial (Ex 25,40), y *hacia él se orienta de todo corazón la piedad israelita*, como se observa particularmente en muchos salmos: aun sabiendo que Yavé está en los cielos (Sal 2,4; 72,25; 102,19; 113 B,3; 122,1), los judíos peregrinan al Templo con un amor conmovedor (*ib.* 83; 121), para contemplar «el rostro de Dios» (*ib.* 41,3). La profanación del Templo ocasionará una terrible guerra (I Mac 4,36-43).

Los profetas aman el Templo, pero corrigen toda devoción a él cosificada y supersticiosa (Jer 7,4; Is 1,11-17; Ez 8,7-18), y anuncian su destrucción (Miq 3,12; Jer 7,12-15; Ez 9,7-10). Sin embargo, los mismos profetas encarecen su reconstrucción tras el exilio (Esd 3-6; Ag y Zac), y con nuevos oráculos cantan su gloria futura (Ag 2,1-9): al Templo de Sión afluirán todos los pueblos de la tierra: «Yo glorificaré la Casa de mi gloria» (Is 60,7-11).

La devoción a la residencia de Dios en el Templo no hace olvidar que *la más verdadera religión de Israel es la interior del corazón*. Cada día se repite en la oración *schemá*: «Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos» (Dt 6,5; Jer 31,31). Especialmente en el exilio, lejos del Templo, comprenden que *Dios está presente allí donde viven sus fieles adoradores* («Yo seré para ellos Templo por el poco tiempo que estarán en la tierra a que han emigrado», Ez 11,16). Los fieles del Creador de cielo y tierra no deben apegarse a un Templo de piedra (Is 66,1s), pues el verdadero culto espiritual es el de un corazón contrito y humillado (Sal 50,12.19; Is 66,2); en ese altar es donde se ofrecen los sacrificios espirituales más gratos a Dios. Algunos, como los esenios, renuncian incluso al Templo: ellos mismos son el templo de Dios en la tierra.

Los profetas *anuncian un Templo nuevo*, fundado en una nueva Alianza, bajo un nuevo rey-pastor (Ez 37,21-28). Será un Templo universal, católico, abierto a todos los pueblos (Is 2,2-3; 56,3-7).

Yo estaré con vosotros

Nunca en Israel quedó la gloriosa Presencia divina circunscrita a sus sacramentos visibles —Arca, Tienda, Templo—. *Yavé es un Dios que ama a su pueblo* más que una madre a su hijo (Is 49,14s), y se une a sus fieles por el amor, el favor, la bendición, la

gracia, la guía, la protección. A los guías de Israel les confortó siempre con la fórmula clásica: «Yo estaré contigo». Y lo mismo al pueblo en general: «Yo estoy con vosotros para salvaros y libraros»⁷.

En el corazón mismo de la espiritualidad judía está la cercanía amorosa del Señor—que va más allá de su Presencia localizada en signos—. El justo tiene siempre presente al Señor, por eso su corazón se alegra, y no teme ni a la muerte, pues con El a su derecha no vacilará (Sal 15,8-11; 117,6-9s); camina en la presencia del Señor (*ib.* 114,9; 22,1-4; II Crón 7,17), a la luz de su luz (Sal 4,7; 17,29; 35,10; 88,16), viven en la casa del Señor (*ib.* 22,6; 26,4), a la sombra de sus alas (*ib.* 35,8), al amparo del Altísimo (*ib.* 90,1), los ojos siempre en El (*ib.* 122), buscándole siempre (*ib.* 41-42,3). El Señor guarda a sus fieles de día y de noche (*ib.* 120; 17,2-4), ama, sostiene y escucha a los que invocan su Nombre (*ib.* 3,5-6; 33,18-19; 145,8-9). Esta es la mayor certeza del creyente judío.

Tú, oh Yavé, habitas en medio de nosotros, y tu Nombre es invocado por nosotros (Jer 14,9). Yo siempre estaré contigo, Tú agarras mi mano derecha, me guías según tus palabras, y me llevas a un destino glorioso. ¿No te tengo a ti en el cielo? (Sal 72,23-25; cf. Is 8,11; 42,6). Cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente. Satisface los deseos de sus fieles, escucha sus gritos, y los salva. El Señor guarda a los que lo aman (Sal 144, 18-20). El Señor está conmigo: no temo; ¿qué podrá hacerme el hombre? El Señor está conmigo y me auxilia (ib. 117, 6-7).

El Espíritu divino

El hombre es carne, es frágil y mortal (Gen 6,3; Is 40,6), y todas las cosas humanas —sabiduría, ciudades, ejércitos, alianzas políticas, caballos y carros de combate— son nada: «son carne, no son espíritu» (Is 31,3). Por tanto, «maldito el hombre que en el hombre pone su confianza, y de la carne hace su apoyo, y aleja de su corazón a Yavé» (Jer 17,5). Sólo *Dios es Espíritu*, sólo El es eterno, omnipotente y santo.

El Espíritu (Dios) anima y reanima toda la creación, y si se retira, todo muere (Sal 103,29-30): es como el aliento vital, que, siendo tan leve, vivifica el cuerpo; es como «ligero y blando susurro» (I Re 19,12). Pero es también fuerza aterradora, viento ardiente abrasador (Ex 14,21; Is 30,27-28; 59,19; Ez 13,13; Os 13,15), voz que hace temblar el mundo (Sal 28; 76,19), fuego fascinante (Ex 3,2), lluvia gratuita, vivificante (Dt 11,14-17; 28,12; I Re 18,45), agua pura, que todo lo limpia y regenera (Is 5,6; 44,3; Ez 36,25): es la fuerza de Dios en el mundo.

La acción del Espíritu se orienta siempre a fortalecer la Alianza establecida entre Dios y los hombres elegidos. El Espíritu es principio de funciones permanentes (p. ej. Núm 11,17.25; 27,18), o suscita acciones transitorias, intensas, heroicas (p. ej. I Sam 10,6), y siempre es origen de vida moral santa (p. ej. Is 4,3-6; Ez 36,23-28; Sal 50,12-14). Con frecuencia dice la Escritura de algún hombre: «Vino sobre él el Espíritu de Yavé»⁸. Es una elección que Dios hace, fortaleciendo un hombre para el servicio del pueblo de modo transitorio o permanente.

⁷ Es la confortación personalmente recibida por Isaac (Gen 26,24), Moisés (Ex 3,12), Josué (Dt 31,23; Jos 1,5.9), Gedeón (Juec 6,12.16), Isaías (41.10.13-14), Jeremías (1,8.19; 15,20; 30,11), María (Le 1,28), los Once (Mt 28,20), Pablo (Act 18,9-10). *En cuanto al pueblo*, cf. Dt 31,6; Jer 42,11; 46,28; Ag 2,4, etc.

⁸ Se dice de Moisés y los 70 (Núm 11,25), Josué (Dt 34,9), los jueces Otoniel, Gedeón, Jefe (Juec 3,10; 6,34; 11,29), el rey David (I Sam 16,13), los profetas Isaías (6), Jeremías (1; 20,9), Ezequiel (3,12; 8,3; 11,5), Oseas (9,7), Miqueas (3,8), etc.

Se anuncia, sin embargo, una excepcional donación del Espíritu al Mesías:

Sobre él reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yavé (Is 11,2). He aquí a mi Siervo, a quien sostengo yo, mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi Espíritu sobre él (ib. 42,1).

Según esto, todos los dones del Espíritu —la fidelidad de Abraham, la energía de Moisés, la valentía de David, la sabiduría de Salomón, el profetismo de Isaías, la paciencia de Jeremías— serán concedidos de modo nunca conocido al Mesías, que así será su gloriosa Presencia divina entre los hombres. Enseñará a todos los pueblos la sabiduría, suavemente, sin gritar (Is 42,2-7), y habrá de sufrir mucho (ib. 49,5; 50,6-7; 52,13-53,12).

Inminencia de la plenitud

El Resto espiritual de Israel es quien mejor conoce, a un tiempo, la cercanía y la distancia de Dios, la validez y la insuficiencia de la Presencia divina en su viejo pueblo elegido. No *basta* la ley, ni el Arca, ni la Alianza, ni el Templo, ni el Sacerdocio levítico: a pesar de todo eso, los judíos se resistieron muchas veces a Dios, «enojaron su santo Espíritu» (Is 63,10), precisamente porque no participaban aún suficientemente del Espíritu divino. *Es preciso* que Dios mismo grave su ley en el corazón de los hombres, comunicándoles su Espíritu (Jer 31,33-34; Ez 11,19-20), es preciso que de este montón humano de osamentas muertas haga el Espíritu nuevas criaturas (Ez 37). Esta necesidad, vivamente sentida, se hace oración:

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme (Sal 50,12). Oh, si rasgaras los cielos y bajaras (Is 64,1).

Pues bien, *Dios*, en donación de sí mismo absolutamente libre, *comunicará a los hombres su Espíritu*; así lo aseguran los profetas (Is 32,15; 44,3; Joel 2,28-29; cf. Act 2,16-21; Zac 12,10):

Os *daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo*. Os arrancaré ese corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. *Pondré dentro de vosotros mi Espíritu*. Os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra. Seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios (cf. Ez 36,24-28).⁹

⁹ ¿Se dio inhabitación divina en los justos del AT? Según S. CIRILO DE ALEJANDRÍA «nosotros somos llamados [por la Escritura] templos de Dios mientras que ninguno de los santos profetas ha sido llamado templo de Dios»; *In Ioannis Ev. lib. 5*: MG 73, 757 B. «Israel no fue la morada espiritual, pneumática, de Dios. Dios no habitó en ellos. Habita en nosotros por el Espíritu, no habita en Israel»; *Glaphyrorum in Genes, lib. 5*: MG 69, 233; cf. Y. M. CONGAR, o. c. 31. Sin embargo, LEÓN XIII enseña: «Ciertamente es que aun en los mismos justos del AT ya inhabitó el Espíritu Santo. No fue en Pentecostés cuando 'el Espíritu Santo comenzó a inhabitar en los santos por vez primera: en aquel día aumentó sus dones, mostrándose más rico y más abundante en su largueza' (S. LEÓN MAGNO). También aquellos eran hijos de Dios, mas aún permanecían en la condición de siervos, porque tampoco el hijo se diferencia del siervo, mientras está bajo tutela (Gal 4,1-2); a más que la justicia en ellos no era sino por los previstos méritos de Cristo, y la comunicación del Espíritu Santo hecha después de Cristo es mucho más copiosa, como la cosa pactada vence en valor a la prenda, y como la realidad excede en mucho a su figura. Y por ello así lo afirmó Juan: 'Aún no había sido dado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado' (7,39). 'No es que antes no hubiese sido mandado el Espíritu Santo, sino que no había sido dado como lo fue después de la glorificación de Cristo' (S. AGUSTÍN)»; ene. *Divinum illud munus*, a. 1897: COL. ENC. 931, extract.

Jesucristo, hombre divino

El NT nos dice también que el Espíritu divino tomó posesión de Juan Bautista, de Isabel, de Zacarías, de María, de Simeón (Le 1,15.35.41.67; 2,25-27)¹⁰. En esta *unión* de gracia —de la que María, «la llena de gracia», es el prototipo— hay aún la distancia ontológica impuesta por la distinción de personas. Pero la Presencia divina entre los hombres alcanza su máxima modalidad posible en la Encarnación, en la *unión hipostática* del Verbo y una carne humana. Efectivamente, «*en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corpóreamente*» (Col 2,9; cf. 1,19).

'Corporalmente' significa 'realmente', en oposición a lo que es sólo sombra proyectada o reflejo; pero significa también 'en un cuerpo' y, puesto que el cuerpo, para un israelita, es lo mismo que el hombre, insistiendo así en su realidad y presencia visibles, 'corporalmente' significa la humanización o Encarnación de Dios, su entrada en nuestro mundo. Verdaderamente, en Cristo una carne humana deviene templo de Dios, según un modo de inhabitación y una tal intimidad, que nada mayor puede ya concebirse, puesto que el vínculo entre el hombre y Dios es aquí el de la existencia personal y que, cuando Jesús piensa y dice: 'Yo soy el templo de Dios', *el templo* es su cuerpo, pero *el Yo* no es otro que el de la Persona del Verbo¹¹.

La plenitud mesiánica del Espíritu se da en Cristo: él es mayor que David (Mt 22,45), anterior a Abraham (Jn 8,58), más sabio que Salomón (Mt 12,42), más fuerte que el mar, que el viento, que el Príncipe de este mundo (*ib.* 8,26; 12,28), él es un hombre celestial (Jn 6,51; I Cor 15,47), ungido por Dios con el Espíritu que está en él (Le 4,18; Act 10,38), como abiertamente se manifiesta en el bautismo del Jordán (Mt 3,16-17) y en la transfiguración (*ib.* 17,1-8). Jesús, este hombre «nacido de mujer» (Gal 4,4), «será santo, será llamado Hijo de Dios» (Le 1,35; cf. Me 5,7), «el Santo de Dios» (Me 1,24), absolutamente invulnerable a las tentaciones del Maligno (Mt 4,11); él arrojará los demonios «con el Espíritu de Dios» (*ib.* 12,28), que le llena de gozo (Le 10,21) y le mueve a la acción (*ib.* 4,1). La plenitud del Espíritu en él es tal que su manera de ser poseído por Dios se manifiesta muy diversa a la de los antiguos elegidos del AT, en los que el Espíritu obraba como una divina fuerza invasora, extraña a ellos (cf. Ez 8,3).

¹⁰ ¿Se trata de la tercera Persona de la sima. Trinidad? Digamos que en el AT es imposible distinguir si el «espíritu» (ruah-pneuma) es una fuerza divina santificante o una Persona divina, distinta del Padre y del Hijo. En el NT no es imposible, pero sí difícil hacer esta distinción en cada caso. El carácter personal del Espíritu es seguro en los escritos de S. Juan, los más modernos del NT (especialmente en Jn 14-16). También es probable en algunos lugares de los Sinópticos (teofanía trinitaria del bautismo, Mt 3,16-17 y pll.; misión apostólica, *ib.* 28,19; menos cierto en otros textos como Le 4,1). En cuanto a los escritos de S. Pablo es cuestión discutida: mientras algunos (cf. J. DE GOITIA, o. c. 170s. 189 en nota) piensan que en los textos paulinos no puede reconocerse la personalidad distinta del pneuma, otros especialistas en S. Pablo (cf. C. SPICQ, L. CER-FAUX, F. AMIOT) la reconocen ampliamente. ¿Qué pensar? La personalidad distinta del Espíritu Santo parece indicada más o menos claramente en bastantes textos paulinos, aunque dudosamente en algunos (Rm 1,1-4; 5,1-5; 8,16; 14,17s; 15,16.30; I Cor 2,10-16; 6,11-20; 12,3-6; II Cor 1,21s; 3,3; 13,13; Gal 3,11-14; Ef 1,3.11-13.17; 2,18-22; 3,3-7.14-17; 4,4-6.30-32; 5,18-20; Flp 3,3; Col 1,6-8; I Tes 5,18s; II Tes 2,13-15; Tit 3,4-6). Cf. también I Pe 1,2; 4,14; Heb 10,29; Jad 20s. —Esta cuestión no ofrece particulares problemas a la *dogmática*, pero sí a la *exégesis*, y también a la *espiritualidad*. Es cierto que la inhabitación divina del hombre en gracia es común a las tres Personas divinas; pero ¿hasta qué punto ha de «atribuirse» especialísimamente la santificación al Espíritu Santo? Quienes tienden a identificar al Espíritu Santo cuando en el NT aparece la palabra «espíritu» (o «espíritu santo»), insisten mucho en que la santificación dice muy especial referencia a la obra de la tercera Persona divina. Así el P. ARINTERO: «Esa inhabitación amorosa, aunque común a las tres Personas divinas — que nunca pueden estar separadas —, se atribuye de un modo singular, tanto en las Escrituras como en los Padres, al Espíritu Consolador, como si en ella ejerciera alguna *misión* especialísima, y el Padre y el Hijo asistieran como por concomitancia» (*La evolución mística*, Madrid, BAC 91, 1959 —orig. 1908—, 103).

¹¹ Y. M. CONGAR, o. c. 268-269.

Nada de eso en Jesús. No se ve en él señal alguna de compulsión violenta, extraña. El milagro nace de él como de nosotros un simple gesto. La menos calculada de sus palabras, sus reflejos espontáneos, tienen una verdad inagotable que se impone a todas las conciencias. No recibe él de Dios confidencias ocasionales, sino que es siempre con Dios, en intimidad total. La presencia del Espíritu en Jesús es tan natural que los evangelistas ni la señalan siquiera con frecuencia; solamente la indican en algunos momentos decisivos [como Le 4,1], para manifestar esta presencia que acompaña a Jesús en toda su existencia y explica su acción¹².

Jesucristo, Templo de Dios

Jesucristo supo respetar el viejo Templo, en el que fue presentado por su Madre (Le 2,22-39), al que peregrinó de niño llevado por sus padres (*ib.* 2,42s), y de mayor, por propia iniciativa (Jn 7,10). Lo consideró como la Casa de Dios, su Padre, y como Casa de Oración (Mt 12,4; 21,13; Jn 2,16); no quería ver transportar fardos en él, velando por su respeto (Me 11,16); aprueba su culto, pero denuncia los formalismos y vicios en él introducidos (Mt 5,23s; 12,3-7; 23,16-22), y lo purifica violentamente (Mt 21,12-17; Jn 2,16s; *cf.* Is 56,7; Jer 7,11). Frecuenta el Templo, y en él enseña y realiza curaciones, pero no se sabe que orase en él.

Sabe Jesús, sin embargo, que él es más grande que el Templo (Mt 12,6), y condesciende a pagar el tributo, aun sabiendo que ya la función religiosa del Templo se ha terminado (*ib.* 17,24-27). Procede, pues, con gran delicadeza. No obstante, su clara conciencia de ser el verdadero Templo de Dios le ha nevado a decir cosas sumamente alarmantes para algunos: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Jn 2,19). Esta fue una de las causas de su muerte (Mt 26,61; Me 14,58). Al parecer, sus mismos discípulos sólo entendieron el verdadero sentido de sus palabras después de la resurrección (Jn 2,22).

La conciencia que Jesús tiene de ser el nuevo Templo de Dios para los hombres se manifiesta muchas veces: Cuando se considera Piedra angular de la nueva casa de Dios (Me 12,1-12); cuando se dice Vid en la que los discípulos vivirán como sarmientos (precisamente la Vid era el símbolo de Israel que adornaba el viejo Templo; Jn 15,5; *cf.* Sal 79,9s); cuando se presenta como la Escala que comunica cielo y tierra, en clara alusión a la escala de Jacob (Jn 1,50-51; Gen 28,12s); cuando promete su Presencia allí donde se congreguen los suyos, asegurándoles que serán oídas por Dios las oraciones hechas en su Nombre (Mt 18,19-20; *cf.* 28,20); cuando enseña que el Padre que le santificó, santificará a los que permanezcan en él (Jn 17,18-19); cuando asegura a la samaritana que ya no se orará al Padre en el viejo Templo, sino en el Espíritu que El va a comunicar (*ib.* 4,14.20-24). Es claro: Jesús y los que en él permanezcan son el Templo de Dios en el mundo. Se cumplió la profecía del Im-manú-el (Is 7,14).

Jesucristo, fuente del Espíritu Santo

Ezequiel —partiendo de la imagen del Templo y de las vecinas aguas del Siloé— había anunciado *un Templo del que brotarían abundantes aguas vivificadoras* (Ez 47,1-12; *cf.* Zac 13,1). Jesús se apropia la imagen inequívocamente, primero en el diálogo con la mujer samaritana (Jn 4,14), pero después abiertamente, en público: Asistiendo a la gran fiesta del Templo —y quizá cuando se hacían libaciones de agua en conmemoración de la fuente abierta por Yavé en el desierto y en petición de lluvia Ex 17,1s—, se alzó y «gritó diciendo: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba*» (Jn 7,37). El mismo es la fuente única de la que brota el Espíritu divino.

¹² J. GUILLET, o. c. 1250. *Cf.* ID., *Le Saint-Esprit dans la vie du Christ*, en «Lumen vitae» 27 (1972) 561-571

En la misma línea ha de comprenderse *la muerte de Cristo en la cruz. Moisés golpeó la Roca, y brotaron aguas de vida en el desierto*. Ahora, muriendo, Jesús «entregó el espíritu (el Espíritu)» (Jn 19,30). «Uno de los soldados, con su lanza, le traspasó el costado, y al instante brotó sangre y agua» (*ib.* 19,34). Así se cumplió lo que Dios había anunciado desde antiguo:

derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia aquel que traspasaron. En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, a fin de lavar el pecado y la impureza (*cf.* Zac 12,10; 13,1).

San Juan nos muestra a *Cristo, muerto y glorificado, como fuente del Espíritu Santo*, como aquel que bautiza en el agua y en el Espíritu (Jn 3,5). San Pablo lo entiende igual: «La Roca era Cristo» (I Cor 10,1-4), y «a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu» (*ib.* 12,13). En el evangelio, en el bautismo, en la penitencia, en la eucaristía, en la Iglesia, Jesucristo es la fuente que comunica el Espíritu divino a los que se acercan a beber de El¹³.

El misterio de Pentecostés

La plenitud absoluta del Espíritu en Cristo desborda en Pentecostés sobre los discípulos. En la Cena, justamente antes de su muerte en la cruz, es cuando Jesús anuncia a los suyos la inminente comunicación del Espíritu Santo (Jn 14,15-18.23.25-26; 15,5-7; 16,12-15). Ya resucitado, sopló sobre ellos: «Recibid el Espíritu Santo», dándoles poder para perdonar los pecados (*ib.* 20,22), y les aseguró que pronto serían «bautizados en el Espíritu Santo» (Act 1,5), como así sucedió en el gran acontecimiento de Pentecostés (*ib.* 2)...

Jesucristo desde el momento de la encarnación era en sí mismo (quoad se) Templo perfecto de Dios: ya entonces Dios «estableció su Tienda» (*eskhenosen*) entre nosotros (Jn 1,14). Pero *para nosotros (quoad nos) Cristo es Templo abierto de Dios una vez cumplida su muerte y resurrección*; antes «no había sido dado aún el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (*ib.* 7,39). Cuando Cristo muere, justamente entonces, «el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo» (Mt 27,51): el viejo Templo de piedra ha consumado su historia, y pronto será demolido, según el anuncio del Señor (Mt 23,38s; 24,2). Cuando Cristo resucita —el Templo destruido y reedificado al tercer día— tenemos ya en los cielos nuestro Templo definitivo, «mejor y más perfecto, no hecho por manos de hombre, esto es, no de esta creación» (Heb 9,11; *cf.* Apoc 7,15; 12,12; 13,6; 21,3). Cristo glorioso es desde su ascensión a los cielos el Templo que Dios ha consagrado y abierto para los hombres.

Entrar a vivir en Cristo es entrar en el Templo de Dios y recibir su Espíritu: «de su plenitud todos recibimos gracia sobre gracia» (Jn 1,16).

El Verbo se hizo carne, y *plantó su tienda entre nosotros, y hemos visto su gloria*, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (*ib.* 1,14; nótese que para los judíos el Templo era *Miskan Kebódekha* = habitación de Tu gloria, Sal 25,8). *Acerquémonos*, pues, confiadamente al trono de la gracia (Heb 4,16). *A El habéis de allegaros*, como a Piedra viva rechazada por los hombres, pero por Dios escogida, preciosa; vosotros, como piedras vivas, edificados en Casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por Jesucristo (I Pe 2,4-5). Teniendo, pues, hermanos, en virtud de la sangre de Cristo, firme confianza de entrar en el Templo que El nos abrió como camino nuevo y vivo a través del Velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la Casa de Dios, *acerquémonos* con sincero corazón (Heb 10,19-22).

Los primeros cristianos aún frecuentaron el Templo de Jerusalén (Act 2,46; 3,1-H;

¹³ Cf. J. LÉCUYER, Cristo, fuente del Espíritu en la eucaristía, en *El sacrificio de la Nueva Alianza*, Barcelona, Herder 1969, 316-346; J. H. NICOLÁS, Le don de l'Esprit, en «Revue Thomiste» 66 (1966) 529-574.

21,26), pero muy pronto comprendieron que ellos mismos eran en Cristo el verdadero Templo de Dios. La Alianza entre Dios y los hombres ha llegado a su absoluta plenitud en Cristo, al comunicarse Dios a los hombres en una Presencia de inhabitación completamente nueva. Dios habita «corporalmente» en la Iglesia, cuerpo de Cristo, Templo edificado sobre el fundamento de Cristo y de los Apóstoles (I Cor 3,10-17; Ef 2,20-21). Y Dios habita —como también lo asegura la revelación— en cada uno de los cristianos: cada uno es personalmente «templo del Espíritu Santo» (I Cor 6,19; cf. 6,15; 12,27). No se puede ser cristiano más que integrado, de un modo u otro, en el Templo eclesial¹⁴. Todas las figuras del AT (el arca, la tienda, el templo, la fuente de las aguas), todos los anuncios de los profetas, han hallado en Jesucristo su cumplimiento. «Vosotros sois templo de Dios vivo, según Dios había dicho: 'Yo habitaré y andaré en medio de ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo'» (II Cor 6,16; cf. Ex 29,45; Lev 26,11-12; Ez 37, 26-28).

El Templo de Dios, la Iglesia, está abierto a todos los que crean que Jesucristo es el Unigénito de Dios. Todo el que ame a Jesús, y guarde sus palabras, será amado por el Padre y consagrado templo de su Espíritu (cf. Jn 14,23). A lo largo de los siglos, de todas las naciones, los elegidos por Dios van integrándose en la construcción del Templo espiritual, como piedras vivas, hasta que el número de los elegidos sea completado. La terminación del Templo eclesial será escatológica, cuando Jesucristo, Templo celestial (Apoc 5,6-14; 7,15; 21,22), vuelva a la tierra acompañado de sus ángeles y santos (Mt 24,29-31). Entonces quedará constituido el Templo cósmico definitivo, semilla del cual es hoy la Iglesia.

Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz potente, que del trono decía: 'He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres', y erigirá su Tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, no habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo es ya pasado. Y dijo el que estaba sentado en el trono: 'He aquí que hago nuevas todas las cosas' (Apoc 21,2-5). Será Dios todo en todas las cosas (1 Cor 15,28).

La Trinidad divina en los cristianos

Antes de su muerte-resurrección, Cristo actuaba por medio de su corporalidad temporal, que velaba-revelaba la fuerza de su Espíritu divino (cf. Le 8,46; Me 5,30). *Ahora, Cristo, glorificado y vuelto al Padre, obra por su Espíritu:* nos convino, pues, que El se fuera (Jn 16,7), porque así obra por el Espíritu Santo, desde el Padre, mucho más intensa y extensamente de como lo hizo cuando vivió en Palestina; ahora hace «obras mayores» (ib. 14,12).

Nacemos a la vida divina por el bautismo del agua y del Espíritu (Jn 3,5). Somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19), y desde entonces las tres Personas divinas son el principio ontológico y dinámico de nuestra nueva vida. Por eso la vida cristiana no puede ser entendida —en su santidad, hermosura, dignidad, posibilidades— si no es partiendo del misterio de la inhabitación.

Los Hechos de los Apóstoles describen la génesis sobrenatural de la nueva creación —la Iglesia— refiriéndolo todo constantemente a la acción del Espíritu Santo, hasta el punto que ese libro ha sido llamado «el Evangelio del Espíritu Santo». Los

¹⁴ Los textos del NT hablan de la inhabitación refiriéndola a la Iglesia, y también a cada cristiano. En el seno de la Iglesia es donde el cristiano vive la inhabitación divina hasta su muerte-nacimiento: como el niño no nacido vive de la respiración y alimentación de su madre hasta que es alumbrado. Cf. H. MÜHLEN, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario 1974. (En esta edit. tienen una serie de obras dedicadas a estos temas, como p. ej. N. SILANES, *Ven, Espíritu Santo*).

hombres por la fe en Cristo se abren al don de Dios y quedan llenos del Espíritu Santo (2,4; 10,44s; 11,15), hablan lenguas extrañas, realizan curaciones y milagros (3,7; 5,12), son confortados con un valor heroico (4,20; 5,21; 10,20), especialmente para confesar el nombre de Jesús (4, 8.30-31; 5,42; 6,5-7; 9,17-20; 18,5; 19,10.20). Es el Espíritu Santo quien ora en ellos (7,55-60), quien les une en caridad fraterna y en comunidad de bienes (2,42-47; 4,32s), quien suscita en ellos el espíritu eucarístico (2,42; 20,7), quien les da alegría y paciencia en los padecimientos por Jesús (5,41; 7,59).

San Pablo explica la vida nueva de los «hombres celestiales» recreados en Cristo (I Cor 15,47-49) partiendo del misterio supremo de la gracia: la inhabitación de las Personas divinas en los que son de Cristo¹⁵.

El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del *Espíritu Santo que nos ha sido dado* (Rm 5,5). Vosotros no vivís según la carne, sino *según el Espíritu, si es que de verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros*. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo. Mas si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos *habita en vosotros*, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu, que *habita en vosotros*. Los que son *movidos por el Espíritu de Dios*, éstos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, sino que *habéis recibido el Espíritu de adopción*, por el que clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (*ib.* 8,9-11.14-16; *cf.* Gal 4,6; 5,25; 6,8).

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que obran inseparablemente, son el principio absoluto de la vida cristiana. Por eso *el pecado* será despreciar al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo (I Tes 4,8), resistirle (Act 5,9), entristecerle (Ef 4,30), profanar el templo por él habitado (I Cor 6,19). Y *toda obra buena* será docilidad al íntimo impulso divino: docilidad a la voluntad del Padre, fidelidad a Cristo que habita en nuestros corazones por la fe (Ef 3,17), obediencia a la interior moción del Espíritu Santo (Rm 8,14). Las tres Personas divinas, la unida Deidad eterna, habitan en nosotros en gracia amistosa, constituyéndose así en principio único de nuestra vida sobrenatural. Cristo glorioso —en unión al Padre y al Espíritu Santo— es llamado «Espíritu vivificante» (I Cor 15,45). «El Señor es Espíritu» (II Cor 3,17), habita en nosotros, y vamos transformándonos a su imagen «a medida que obra en nosotros *el Espíritu del Señor*» (*ib.* 18; *cf.* Rm 8,9; Gal 4,6).

El lenguaje de la revelación y la tradición espiritual cristiana fundamentan, sin embargo, que *la vivificación sobrenatural del hombre viejo se «atribuya» al Espíritu Santo*. Por ser el Espíritu que procede del Padre y del Hijo es para nosotros *el Espíritu de filiación*, que nos hace hijos del Padre en el Hijo amado (Rm 8,14-17). San Pablo dice que es *el «sello» divino que nos marca la imagen del Unigénito*: hemos sido «sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia» (Ef 1,13-14; *cf.* 4,30). La inhabitación divina por gracia es, pues, algo que imprime a fuego todo el hombre, y le hace nueva criatura: «Es Dios quien a nosotros y a vosotros nos confirma en Cristo, nos ha ungido, nos ha sellado y ha puesto las arras del Espíritu en nuestros corazones» (II Cor 1,21-22).

El Padre y el Hijo se comunican a nosotros por la donación del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el fuego y es el agua que nos *purifica* del pecado (Mt 3,11; Jn 3,5-9; Tito 3,5-7), es la íntima lucidez espiritual de la *fe* que nos ilumina las cosas de Dios (I Cor 2,10-16; Ef 3,5-16), es la causa de nuestra *esperanza* (Rm 15,13) y de nuestra *caridad* (*ib.* 5,5), es quien *ora* en nosotros (Jn 4,23-24; Rm 8,15.26-27; Ef 5,18-19), y

¹⁵ Cf. F. AMIOT, *Ideas maestras de S. Pablo*, Salamanca, Sigüeme 1963, 159-177; L. CERFAUX, *Le chrétien dans la théologie paulinienne*, París 1962, 219-286; P. DACQUINO, *Lo Spirito Santo ed il cristiano sec. S. Pao-lo*, Roma 1963, Analecta bíblica n. 17, 119-128; PH. DELHAYE, en «Eph. Th. Lovanienses» 45 (1969) 432-443; L. MALEVEZ, *ib.* 380-393; I. DE LA POTTERIE-S. LYONNET, *La vida según el Espíritu*, Salamanca, Sigüeme 1967.

nos llena de *alegría* interior (Act 13,52; Rm 14,17; Gal 5,22; I Tes 1,6), pues es en nosotros *vida*, vida santa y abundante (Jn 10,10). El Espíritu Santo es la *fuerza para confesar* en el mundo el nombre de Jesús (Act 1,8), pues la evangelización «no es sólo en palabras, sino en poder y en el Espíritu Santo» (I Tes 1,5). En fin, sola la inhabitación del Espíritu divino —Santo, transcendente, eterno— puede hacer al hombre nuevo plenamente *libre del mundo* en que vive (II Cor 3,17). Por eso, en la oración, *la petición cristiana más profunda y necesaria es la petición del Espíritu Santo*.

Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden? (Le 11,13).

Igual que en San Pablo, ésta es en *San Juan* la realidad fundamental del misterio de gracia que se vive en Cristo: que, por fin, *Dios habita en los hombres y los hombres en Dios*. El hombre que cree que «Jesús es el Mesías, Hijo de Dios» (Jn 20,31), que guarda sus mandatos y ama a Dios y a los hermanos, éste «permanece en Dios y Dios en él» (I Jn 3,24; cf. 2,6.24.27-28; 3,6.24; 4,12-16; 5,20), la Trinidad divina mora en él (Jn 14,23), «permanece» en Cristo glorioso, como sarmiento en la Vid (*ib.* 15,4-8)¹⁶. Cristo ruega

para que todos sean uno, *como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que tú me has enviado*. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a mí (*ib.* 17,21-23; 6,57).

La inhabitación en los Padres

Como era de esperar, la fe en el misterio de la inhabitación divina ocupa un lugar central en la espiritualidad de la Iglesia post-apostólica. *San Ignacio de Antioquía* la enseña como clave del cristianismo.

Nada se le oculta al Señor, sino que aun nuestros íntimos secretos están cerca de El. *Hagamos, pues, todas las cosas con la fe de que El mora en nosotros*, a fin de ser nosotros templos suyos, y El en nosotros *Dios nuestro*. Lo cual es así en verdad, y así se manifestará ante nuestra faz. Por lo que justo motivo tenemos en amarle¹⁷.

El fundamento ontológico de la santificación cristiana es éste:

Después de recibido el perdón de los pecados, y por nuestra esperanza en el Nombre [de Jesús], fuimos hechos nuevos, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, *Dios habita verdaderamente en nosotros*, en la morada de nuestro corazón¹⁸. [En consecuencia], que el Espíritu que Dios hizo habitar en esa carne tuya, sea hallado verdadero ante todos los hombres, y de esta manera sea glorificado el Señor, que mora en ti¹⁹.

En los santos Padres el misterio de la inhabitación —y en general la doctrina trinitaria— alcanza impresionantes desarrollos teológicos y espirituales²⁰, que serán

¹⁶ Cf., F. HAUCK, *meno*, KITTEL VII 25-32/IV, 578-581.

¹⁷ Efesios 15,3: PPAA 456. S. IGNACIO se pone por sobrenombre *Teóforos* (portador de Dios), e igualmente considera a los cristianos como *teóforoi*, *naóforoi*, *crístóforoi*, *agióforoi* (portadores de Dios, del templo, de Cristo, del Santo); cf. saludo de sus cartas; Efesios 9,2: PPAA 953.

¹⁸ Carta a Bernabé 16,8: PPAA 804-805; cf. 1,2-3; 16,9-10.

¹⁹ Pastor de Hermas, mandato 3,1: PPAA 973; cf. mandato 10,2-3; 11,7-16.

²⁰ Especialmente en los Padres orientales, por su fuerte tradición mística, y también por su necesidad de combatir las herejías cristológicas y trinitarias. En efecto, surgieron en Oriente quienes *negaron la divinidad del Hijo* (ARRIO t 336; conc. Nicea, 325: DENZ 54/125), quienes *negaron la personalidad propia del Espíritu Santo* (semiarrianos, como MARCELO DE ANCIRA t 374) o *su divinidad* (macedonios, pneumatómacos, resistentes al Espíritu, como MACEDONIO OB. DE CONSTANTINOPLA, t ca. 360; conc. Constantinopla I, 381; DENZ 85/150; conc. Romano, 382; *ib.* 62s/ 156s). Cf. J. GRIBMONT-P. SMULDERS, *Esprit Saint chez les Peres*, en *Dict. Spirit.* 4,1 (1960) 1257-1283; en *U mistero del Dio vivente*, Roma, Tere-sianum 1968: C. SORSOLI, *Dottrina*

recogidos en la síntesis agustiniana y tomista.

La Creación es contemplada como la Obra de un Dios uno-trino que ha dejado en ella su huella permanente. El mundo, pues, procede del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo.

El Dios único, Padre increado, invisible, creador del universo, como es Dios inteligente, creó todas las cosas por su Inteligencia, y como es espíritu, ordenó todas las criaturas por el Espíritu: 'La Palabra del Señor hizo el cielo; y por su Espíritu tienen toda su potencia' (Sal 32,6)²¹.

La segunda Creación, la santificación, excede absolutamente los límites de la naturaleza y es obrada en el hombre por las Personas divinas que en él inhabitan por gracia. Y esta Presencia divina amistosa es cualitativamente distinta, y mayor, a la presencia creacional de Dios en toda criatura: aquélla es propia del justo, y puede ser perdida por el pecado; ésta es común a toda criatura por el hecho de serlo. En otras palabras: los Padres comprenden la santificación como una deificación sobrenatural. «No existe más que una santificación, aquella que del Padre, por el Hijo, se realiza en el Espíritu Santo»²².

La inhabitación divina, que deifica al cristiano, es para los Padres una realidad de fe tan cierta que desde ella arguyen contra los que niegan la divinidad del Hijo o del Espíritu Santo.

Siendo [*el Hijo, el Verbo*] aquel por quien el Padre diviniza e ilumina, aquel en quien todo es divinizado y vivificado, no puede ser, evidentemente, de una esencia diversa de la del Padre²³. Y si por la comunicación del *Espíritu* nos hacemos partícipes de la naturaleza divina, sería insensato decir que el Espíritu tiene una naturaleza creada y no divina. No es otra la causa de que seamos divinizados aquellos en quienes El está presente. Si diviniza, indudablemente es Dios²⁴. Si de verdad somos recreados a imagen de Dios recibiendo el sello del Espíritu Santo (*cf.* Ef 1,13), ¿cómo pensar que sea criatura aquel por quien viene impresa en nosotros la imagen de la esencia divina y son reproducidos en nosotros los rasgos de la naturaleza increada...? Es él mismo quien, siendo Dios y procediendo de Dios, se aplica invisiblemente, como un sello en la cera, a las almas de quienes le reciben. Así, por la comunicación que él hace de sí mismo, devuelve a nuestra naturaleza la belleza que perdió y reconstruye al hombre a imagen de Dios²⁵.

Siendo el hombre imagen de Dios, y siendo Dios uno en naturaleza y trino en personas, la huella trinitaria divina hubo de ser marcada en el hombre por el mismo hecho de la creación. Y, después del pecado, habrá que concebir *la santificación como una reconfiguración del hombre, a imagen de la Trinidad, obrada por la inhabitación divina*.

Algunos Padres, en su investigación teológica y mística del misterio de la inhabitación trinitaria, se atreven a *apropiar a cada Persona divina una función especial en la inhabitación de gracia*, apoyándose en las mismas apropiaciones sugeridas por la Escritura (Padre, creador, fuerte, majestuoso; Hijo, sabiduría, conocimiento, canon universal de todo lo creado y re-creado; Espíritu Santo, amor, bondad, belleza). Así San Ireneo:

Sin el Espíritu es imposible ver al Verbo de Dios y sin el Hijo ninguno puede llegar al Padre; porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo se obtiene por medio del Espíritu Santo. Y es al Hijo a quien corresponder distribuir el Espíritu, según el designio del Padre, a quien el Padre quiere,

trinitaria in S. Basilio M., 144-162, MELCHIORE DI S. MARÍA, *Misterio trinitario e vita spirituale nel pensiero di Didimo de Alessandria*, 163-173; M. FLICK-Z. ALSZEGHY, o. c., 478-485.

²¹ S. IRENEO (t 203), *Demonstratio praedicationis apostolicae*, "j": Sources Chrétiennes 62 (1959) 34-35.

²² S. ATANASIO (t 373), *Ep. I ad Serapionem*, 20: MG 26, 577.

²³ ID., *De Synodis*, 51: MG 26, 784.

²⁴ ID., *Ep. I ad Serapionem*, 24: MG 26, 585-588.

²⁵ 25. S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, (t 444), *Thesaurus*: MG 75, 609-612.

y como el Padre quiere²⁶.

La inhabitación divina será un misterio obrado por la vía del conocimiento y del amor. Ya el AT decía de Dios: «Contempladlo y quedaréis radiantes» (Sal 33,6; cf. 10,7). Y el NT nos dice que «contemplamos la gloria del Señor y nos transformamos en la misma imagen a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor» (cf. II Cor 3,18; II Pe 1,4-8). En la resurrección, «seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (I Jn 3,2; cf. Jn 17,3). Este es un tema muy apreciado por los Padres: la contemplación amorosa de las Personas divinas, presentes a nosotros, es deificante.

El hombre no es capaz por sí mismo de ver a Dios. Pero el Espíritu dispone al hombre en el Hijo de Dios, el Hijo le conduce al Padre, y el Padre le da la vida eterna incorruptible, que recibe todo el que ve a Dios. Como aquellos que ven la luz, son en la luz, y participan de su claridad, así los que ven a Dios, están en Dios, y participan, pues, en la vida [divina]²⁷. Cuando, gracias a la virtud iluminadora [del Espíritu], fijamos la mirada en la belleza de la Imagen del Dios invisible [el Hijo], y por ella nos vemos elevados a la magnífica contemplación del Arquetipo [el Padre], el Espíritu del conocimiento se encuentra inseparablemente allí mismo, y nos da, en sí mismo, el poder contemplar la Imagen. No la muestra desde fuera, sino en sí mismo nos lleva a conocerla, pues, así como 'ninguno conoce al Padre sino el Hijo' [Mt 11,27], así ninguno puede decir 'Jesús es el Señor, sino en el Espíritu' [I Cor 123]... En consecuencia, el camino del conocimiento va del Espíritu único, por el Hijo único, al Padre único²⁸.

El cristiano niño en las cosas de la fe no capta todavía el misterio de la inhabitación. Solamente el cristiano adulto en Cristo cobra conciencia habitual de la presencia de las Personas divinas que le habitan como en un templo. (Eso explica que aun siendo la inhabitación el más grande y central misterio de la gracia, ocupe generalmente tan escaso lugar en la predicación de los sacerdotes y en la devoción de los fieles).

El intelecto desnudo [él hombre espiritual] es aquel que ha alcanzado gozar de la contemplación de la santa Trinidad²⁹. *Cuando el alma llega a la perfección del espíritu*, perfectamente purificada de todas las afecciones, y unida y casi mezclada y como compenetrada en el Espíritu Paráclito, entonces... es como una piedra caída en lo profundo del mar y circundada por todas partes del agua; así éstos, penetrados íntimamente en el Espíritu Santo, son hechos-semejantes a Cristo, guardando constantemente en sí mismos las virtudes de la potencia del Espíritu, y permanecen libres y puros de toda mancha y de todo lo que pudiera ser reprehensible³⁰. *Cuando el espíritu está perfectamente liberado* de sus afectos [carnales], entonces se avanza irresistiblemente hacia la contemplación, y se abre el camino hacia el conocimiento de la Trinidad³¹.

Después de mucho buscar a Dios, terminó comprendiendo sobrenaturalmente, y de un modo cuasi experimental, que *somos cuatro: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, y yo*.

San Agustín

El misterio de la inhabitación halla en la antigüedad su gran Doctor en el obispo africano San Agustín: la orientación de su investigación teológica y mística («quiero conocer a Dios y al alma. ¿Nada más? Nada más en absoluto»³²), la enseñanza de los Padres anteriores³³, la gran iluminación producida en el s. IV por las definiciones

²⁶ Demonstrado, 1: ed. cit. 41-42

²⁷ S. IRENEO, *Adversus Haereses* 4,20,5: MG 7, 1035.

²⁸ S. BASILIO (t 379), *De Spiritu Sanelo*, 18, 47: MG 32, 153.

²⁹ EVAGRIO PÓNTICO (t 399), *Centuria III*, 6: en I. HAUSHERR, *Lefons d'un contemplatif*, París, Beauchesne 1960, 17. En este grado de «oración pura» cree Evagrio, erróneamente, que incluso la contemplación de Cristo estorba; cf. *De oratione*, 114-115: MG 79, 1192 (atribuida a S. Nilo): o. c. HAUSHERR, 144.147.

³⁰ PSEUDO-MACARIO, (s. iv), *Homilía* 18, 10: MG 34, 641.

³¹ S. MÁXIMO CONFESOR (t 662), *Capita de caritate*, 1, 86: MG 90, 980.

³² *Soliloquios* 1, 2, 7: ML 32, 872.

³³ Cf. concretamente S. PASQUETTO, *Il senso trinitario della vita cristiana nella dottrina di S. Ambrogio*, en la o. c. *U mistero del Dio~ viviente*, 174-198.

cristológicas y trinitarias, hicieron posible en él una maravillosa síntesis doctrinal. He aquí algunos extractos de su famosa carta 187, a Dárdano, sobre la presencia de Dios³⁴:

—*La omnipresencia creacional de Dios uno y trino.*

Dios está universalmente difundido, ya que dijo por el profeta (Jer 23,24): 'Yo lleno el cielo y la tierra'. Se difunde por doquier sin ser una cualidad del mundo, sino una substancia creadora del mundo, que gobierna el mundo sin trabajo y lo contiene sin fatiga. Está entero en sólo el cielo, entero en sola la tierra, entero en el cielo y en la tierra, no contenido en lugar alguno, sino entero en sí mismo y en todas partes. Así están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; así está la Trinidad, un solo Dios (n. 14-15).

—*La presencia divina de inhabitación se da sólo en los justos por la gracia, y es, pues, cualitativamente distinta a la presencia creacional.*

Dios, que está entero en todo el universo, no habita, sin embargo, en todos, pues no de todos puede decirse '¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?' (I Cor 3,16). Hemos de confesar que Dios está por doquier por presencia de su divinidad, pero no por la gracia de la habitación (16).

—*La inhabitación de gracia nos viene de la plena inhabitación del Espíritu en Cristo por la unión hipostática.* De su plenitud todos hemos recibido. El es el perfecto Templo de Dios. Y Dios habita en El de modo distinto a como habita en nosotros.

Hay diferencia, sin duda, ya que en la singular asunción del hombre Jesús se formó una sola persona con el Verbo. De ninguno de los santos pudo, puede o podrá decirse: "El Verbo se hizo carne". Singular es, pues, aquella asunción, y no puede ser en modo alguno común con cualquiera de los santos, por mucho que sobresalgan por su sabiduría y santidad (39-40).

—*La inhabitación divina se da en la Iglesia, y en cada cristiano, y según grados diversos.*

Dios habita en los individuos como en sus templos y en todos reunidos en unidad como en un templo. Dios está, por lo tanto, presente doquier y doquier íntegro; pero no habita en todas partes, sino en su templo, para el que es benigno y propicio por la gracia. Y el que habita es poseído por unos más y otros menos (38; *cj.* 18).

—*Por el amor Dios inhabita en los justos.* Dios les ama hasta el extremo de comunicarles su Espíritu y morar en ellos como en un templo, difunde en ellos la caridad por el Espíritu Santo (Rm 5,5), y los justos, amándole a El, reciben la inhabitación (Jn 14,23). Pero es Dios el que ama primero (I Jn 4,19).

En la gracia de la habitación reconocemos sin duda la gracia del amor. Dios constituye [a sus elegidos] como templo suyo amadísimo por la gracia de su bondad (16.19).

—*El conocimiento de Dios puede darse en un pecador que no tiene la inhabitación, o puede faltar en un niño que sí goza de ella; pero la madurez espiritual implica la inhabitación y la conciencia de la Presencia divina en el alma.* Las Personas divinas se nos «dan» para que las recibamos y vivamos con ellas *conscientemente*.

³⁴ La doctrina de S. AGUSTÍN (354-430) sobre la inhabitación se halla especialmente desarrollada: a. 400, *Confesiones* (ML 32, 659-844: BAC 11, 1955), a. 400-416, *De Trinitate* (ML 42, 819-1098: BAC 39, 1948), a. 417, *Ep. 187, ad Dardanum, de praesentia Dei* (ML 33, 832-848: BAC 99, 1953, 702-739). Cf. F. CAYRÉ, *Les sources de l'amour divin; la divine présence d'après Saint Augustin*, París, 1933; ID., *Textes spirituels S. Aug.; les Trois Personnes*, Desclée (Tournai) 1959; pero sobre todo, A. TURRADO, *Dios en el hombre*, BAC 325 (1971).

Es sumamente extraordinaria cómo Dios habita en algunos que no le conocieron y no habita en algunos que le conocieron. Pero bienaventurados aquellos para quienes poseer a Dios es lo mismo que conocerle, porque esa noticia es plena, verdadera y bienaventurada (21).

—Las tres Personas del único Dios eterno habitan en el justo, no sólo el Espíritu Santo.

¿Quién, a no ser que ignore totalmente la inseparabilidad de la Trinidad, osará opinar que el Padre o el Hijo habitan en alguien en quien no habita el Espíritu Santo, o que el Espíritu Santo habita en alguien en quien no moran el Padre y el Hijo? Así están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; así está la Trinidad, un solo Dios (16.15)³⁵.

—*Hay grados en la inhabitación divina, pero ciertamente gozan de ella los niños bautizados y los cristianos imperfectos.* Ya vimos que «cada uno tiene a Dios según su diversa capacidad, unos más, otros menos», según el grado de gracia y caridad (19). Pero ciertamente habita en los *niños bautizados*, aunque no conozcan a Dios, o en los *cristianos imperfectos*, aunque vivan olvidados de su interior presencia.

El Espíritu Santo habita en los *niños bautizados*, aunque ellos no lo conozcan. Lo cual no debe parecer extraño a los niños, cuando el Apóstol dice a algunos ya mayores: '¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?' (I Cor 3,16). De éstos había dicho poco antes: 'El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios' (ib. 2,14). También los llama *niños*, *no por la edad de la carne, sino por la de la mente. Habitaba en ellos a pesar de lo cual eran animales y no espirituales, pues aún no podían por el conocimiento percibir al que habitaba en ellos* (26)³⁶. Muchos de esos en quienes habita [Dios] son semejantes a aquellos de quienes dice el Apóstol: 'No pude hablarlos como a espirituales, sino como a *carnales*, como a *niños* en Cristo' (ib. 3,1). Estos pueden llegar al último día de su vida sin haber llegado a la edad espiritual de la mente. Y entonces el que habita en ellos perfeccionará la inteligencia, que aquí fue deficiente, ya que no se apartaron de la unidad del Cuerpo de Cristo, que es nuestro camino, ni de la sociedad del templo de Dios (29). [En fin, la inhabitación divina] la compararíamos al sonido: no lo percibe el que es sordo, y apenas lo capta el que es duro de oído. Y aunque estén a igual distancia todos los que lo oyen, uno lo percibe tanto mejor que otro cuanto su oído es más fino, y tanto peor cuanto más duro es el oído. Sin embargo, el sonido suena del mismo modo y está igualmente presente a todos en el lugar en que están (19).

—*La inhabitación de Dios en el alma por gracia es, como todas las realidades de la gracia, un don escatológico*, que «ya es», pero «aún no es» en plenitud. Bien dice San Agustín: «muchas cosas se ponen en las Escrituras como *realizadas*, entendiéndose que *aún se esperan*» (27). La plena inhabitación de Dios será alcanzada en la gloria, en la resurrección. Y también allí, como aquí, habrá grados diversos: «¿Por qué, entre los santos, unos son más santos que otros, sino porque Dios habita más intensamente en ellos?» (17).

Si el pueblo de Dios, cuando aún no ha sido igualado a sus ángeles y camina esta peregrinación, se llama ya templo de Dios, ¿cuánto será mejor templo de Dios en el cielo, en donde está el pueblo de los ángeles, a los que nos hemos de reunir y equiparar cuando termine esta peregrinación y hayamos recibido lo que se nos prometió? (16). Cuando pienses en la inhabitación divina, piensa en la unidad y comunidad de los santos, y *principalmente en los cielos*, donde se dice que Dios habita principalmente, porque allí se realiza a la perfección la divina voluntad por la obediencia de aquellos en quienes habita; y después

³⁵ En S. AGUSTÍN, la inhabitación, y todo lo que significa unión por amor, don de gracia, se «atribuye» al Espíritu Santo únicamente por apropiación, por la analogía que guarda con su constitutivo propiamente personal; cf. A. TURRADO, o. c. 63-108. Pero el Dios agustiniano, también en la inhabitación, es siempre el «Deus Trinitatis», «Deus Trinitas», «uni-tas Trinitatis», «Imitas Trinitas»: «Trinitas inseparabiliter operatur»; cf. *De Trinitate* 1, 5, 8: ML 42, 824: BAC 39, 140.

³⁶ Para S. AGUSTÍN el cristiano en gracia, y por tanto inhabitado por Dios, que apenas es consciente de la inhabitación divina, es todavía cristiano niño, «carnal» (I Cor 3,1-3). El cristiano «espiritual» es consciente — más o menos, claro — de la Presencia divina en sí mismo; «nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido» (ib. 2,12), y el mayor de ellos, y fuente de todo otro don, es el de la inhabitación divina.

también en la tierra, donde Dios edifica y habita la casa que ha de inaugurar al fin de los siglos (41). Obra, pues, el Espíritu, en aquellos mortales en que aún habita, la edificación de su templo, que será perfeccionada no en esta vida, sino en la que sucede a ésta (27).

—*El teocentrismo intimista es la clave de la espiritualidad agustiniana.* En Dios debe estar siempre centrado el hombre. En Dios «debemos pensar siempre»³⁷. Es un misterio inefable, sí, que excede la mente humana: «más se aproxima a Dios el pensamiento que la palabra, y más la realidad que el pensamiento»³⁸. Sin embargo, así como el hombre puede entrar en una sala inmensa que no puede abarcar, así puede y debe entrar por la contemplación en la inmensidad de los misterios divinos, aunque no pueda comprenderlos y abarcarlos. En Dios «debemos pensar siempre», y hablar siempre de El, pues «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12,34). «¡Ay de los que se callan de Ti!, porque no son más que mudos charlatanes»³⁹. Pero, ¿por dónde adentrarse en el misterio de Dios? San Agustín pregunta a todos los seres creados, y siempre ve frustrada su búsqueda incesante:

'No somos tu Dios; búscale sobre nosotros. El nos ha hecho'. Mi pregunta era mi mirada, y su respuesta era su apariencia⁴⁰.

Finalmente, *San Agustín descubre en sí mismo al Dios que habita en él como en un templo.* En medio de su gozo, sólo le duele haber perdido tanto tiempo...

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían⁴¹. Tú estabas dentro de mí, más interior a mí que lo más íntimo mío⁴². Que mi alma te busque para que viva porque si mi cuerpo vive de mi alma, *mi alma vive de ti*⁴³, vida de mi alma⁴⁴... ¿Quién me dará descansar en Ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abraza contigo, único bien mío? Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella: sea, pues, ensanchada por Ti. Está ruinosa: repárala⁴⁵.

El hombre debe buscar a Dios en todo lo creado, pero lo encontrará sin duda en sí mismo: «El está donde se gusta la verdad, en lo más íntimo del corazón»⁴⁶. Así pues, «no salgas fuera, vuelve a ti mismo: la Verdad habita en lo íntimo del hombre»⁴⁷.

³⁷ *De Trinitate* 5, 1, 1: ML 42, 911: BAC 39, 394.

³⁸ *Ib.* 1, 4, 7: ML 42, 935: BAC 39, 475.

³⁹ *Confesiones* I, 4, 4: o. c. 87.

⁴⁰ *Ib.* X, 6, 9: 477; cf. IX, 10, 25; X, 6, 8.

⁴¹ *Ib.* X, 27, 38: 511.

⁴² *Ib.* III, 6, 11: 165.

⁴³ *Ib.* X, 20, 29: 501.

⁴⁴ *Ib.* III, 6, 10: 165.

⁴⁵ *Ib.* I, 5, 5-6: 87.

⁴⁶ *Ib.* IV, 12, 18: 207.

⁴⁷ *De vera religione*, 39,72: ML 34, 154. Entre los Padres latinos, también S. GREGORIO MAGNO (540-604) tiene muy hermosos escritos sobre la inhabitación, la fuerza de la acción íntima del Espíritu Santo, sus efectos maravillosos, que culminan en la contemplación: cf. *Homilía 30 sobre el Evangelio de S. Juan, en la fiesta de Pentecostés*: ML 76, 1219-1227: BAC 170 (1958) 683-691.

Los grandes místicos

Se ha dicho que «los místicos son los testigos de la presencia amorosa de Dios en nosotros»⁴⁸. «Nada tendríamos que oponer a esta doctrina si nos la presentaran como la nota *más frecuente y ordinaria* de la experiencia mística; pero los hechos obligan a rechazarla si se la quiere presentar como la nota típica y *esencial* que nunca falla»⁴⁹. Ya vimos que en el máximo desarrollo espiritual, en plena fase mística, la purificación pasiva del espíritu lleva a veces consigo un «sentirse sin Dios» (II N 6,2; cf. *ib.* 5,5; - V7,53). De todos modos, en quienes han alcanzado la experiencia mística de Dios —es decir, en los santos— *es frecuente y ordinario captar con una conciencia clara y gozosa la inhabitación de la Trinidad divina en el alma*⁵⁰.

Santa Catalina de Siena

San Agustín había buscado en el alma humana, trina en la unidad (*esse-nosse-velle*, o bien *mens-notitia-amor*, o mejor *memoria-intelligentia-voluntas*), la más alta analogía creada por la cual el hombre podía adentrarse en el conocimiento de Dios, uno y trino⁵¹. Ya en su ser creacional aparece así el hombre como abierto a la gracia de la inhabitación trinitaria de las Personas divinas.

Santa Catalina de Siena, siguiendo esta tradición, ve toda la vida cristiana como la realización amorosa del misterio de la Trinidad en el hombre unido a Cristo por la gracia. Y así dice en oración a Dios:

¡Oh Trinidad Eterna!, una Deidad, una en esencia y trina en personas, tú has hecho al hombre a tu imagen y semejanza para que él, por las *tres* potencias que tiene en *un* alma, se asemeje a tu trinidad y a tu unidad. Has hecho que esta semejanza fuese mayor todavía al hacer que por la memoria se asemejase y se uniese al Padre, al que se atribuye el poder; por la inteligencia se asemejase y se uniese al Hijo, al que se atribuye la sabiduría, y por la voluntad se asemejase y se uniese al Espíritu Santo, al que se atribuye la clemencia, que es el amor del Padre y del Hijo⁵². Y así, no solamente creaste al hombre a tu imagen y semejanza, sino que también en tí hay de algún modo una semejanza suya. Y así, tú estás en él y él en tí⁵³,

⁴⁸ DE GRANDMAISON, *Religion personnelle*, París 1927, 178.

⁴⁹ A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, BAC 114 (1968) 694; cf. examen de esta cuestión, *ib.* 241-251, n. 176.

⁵⁰ 50. Sobre la experiencia de la inhabitación divina en los grandes místicos, cf. la obra, ya citada, *U mistero del Dio vivente*, Roma, Teresianum 1968, 273-394; SOR GIOVANNA DELLA CROCE (místicos del norte), A. BLASUCCI (B. Angela de Foligno), A. CARTOTTI ODDASSO (S. Catalina de Siena), I. IPARRAGUIRRE (S. Ignacio de Loyola), M. A. GARCÍA ORDÁS (Sta. Teresa), SOR GEMMA DELLA TRINITA (S. Juan de la Cruz), E. ANCILLI (Sor Isabel de la Trinidad). Cf. *etiam* SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas*, Burgos, Monte Carm. 1969; M. M. PHILIPON, *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, B. Aires, Desclée de B. 1951; G. M. BERTRAND, *inhabitation, Marte de l'incarnation*, en *Dict. Spirit.* 7 (1971) 1762-1767; J. G. ARINTERO, *La evolución mística*, BAC 91 (1959) 100-180. 222-223. Nos limitaremos nosotros aquí a mostrar brevemente el tema en STA. CATALINA, STA. TERESA y S. JUAN DE LA CRUZ.

⁵¹ Cf. M. FUMAGALLI, La teología trinitaria di S. Agostino, en *Il mistero...* o. c. 222-228.

52 Elevación III: BAC 143 (1955) 573.

53 53. Elevación XIX: o. c. 613. Cf. variaciones bellísimas sobre el mismo tema: Elev. I: 567; Diálogo p. II, cp. 1, 1: 217; p. II, cp. 4, 3: 331. Recuérdese su impresionante Elevación XV, en la Anunciación de la Virgen: «¡Oh María, María, templo de la Trinidad!»: 600-604; efectivamente, la inhabitación divina se da en María de un modo único, inefable (cf. LG 53). Sobre el Espíritu Santo y María, cf. «Etudes Mariales» 25 (1968), A. feuil-let, 39-64; th. strotmann, 77-92; H. barré, 93-126; M. garrido bonaño, Actuación del ES en las almas a través de Marta, en «Maria-num» 32 (1970) 227-254.

Santa Teresa

Santa Teresa de Ávila enseña que la plena conciencia del misterio de la inhabitación trinitaria se da en el culmen del crecimiento espiritual: en *la unión total, estable y transformante* propia del matrimonio espiritual⁵⁴. De ella da testimonios vivísimos.

Estando con esta presencia de las tres personas que traigo en el alma, era con tanta luz que *no se puede dudar el estar allí Dios* vivo y verdadero, y allí se me daban a *entender* cosas que yo no las sabré decir después (CC 42; cf. 41). Quiere [Dios] *dar a sentir esta presencia*, y trae tantos *bienes*, que no se pueden decir, en especial, que no es menester andar a buscar consideraciones para conocer que está allí Dios. *Esto es casi ordinario* (CC. 66,10). Parecía que —por trabajos y negocios que tuviese— lo esencial del alma jamás se movía de aquel aposento (VII M 1,11) .

Estabilidad, certeza absoluta de la presencia de Dios en el alma. El cristiano, con *una extraña conciencia de plenitud en la Trinidad sobre todo lo creado*, se ve como embebido en Dios, que imprime su huella viva —vivificante— en el alma.

Me mostró el Señor, por una extraña manera de visión intelectual, cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía vi la Santísima Trinidad por visión intelectual [no imaginativa], de cuya compañía venía al alma un poder que señoreaba toda la tierra. Mostróme también cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder, sino como una persona que estuviese del todo atada y liada y tapados los ojos, que aunque quiera ver, no puede, ni andar, ni oír, y en gran oscuridad (CC 21). Me pareció que se me representaba como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua, así me parecía mi alma que se henchía de aquella divinidad y que por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres Personas. También entendí: 'No trabajes tú en tenerme a Mí encerrado en ti, sino en encerrarte tú en Mí'. Y me parecía que desde dentro de mi alma —que estaban y veía yo estas tres Personas— se comunicaban a todo lo creado, no haciendo falta ni faltando de estar conmigo (ib. 15; cf. 47. La Trinidad divina está «impresa» en su alma, ib. 14,4; «esculpida» en ella, ib. 36,1). No me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí Quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí (ib. 3,10). Quizá es esto lo que dice San Pablo: 'El que se allega a Dios, se hace un espíritu con El' (I Cor 6,17). Y también: 'Para mí la vida es Cristo' (Flp 1,21). Así me parece puede decir aquí el alma, porque su vida es ya Cristo (VII M 2,6).

La visión de la Trinidad tiene en Santa Teresa un carácter siempre cristológico («parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad» de Cristo, CC 66,3). *La distinción de las Personas, en la unidad de la esencia divina*, se muestra con toda nitidez.

A las personas ignorantes parecenos que las Personas de la Santísima Trinidad todas tres están —como lo vemos pintado— en una Persona... Lo que a mí se me representó son *tres Personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí*. Y después he pensado que sólo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas Personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres son *una esencia*? (Y lo creemos, y es muy gran verdad, y por ella moriría yo mil muertes). En todas tres Personas no hay más de un querer y un poder y un señorío, de manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de cuantas criaturas hay es sólo un Creador. ¿Podría el Hijo crear una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo. Así que es *un solo Dios todopoderoso, y todas tres Personas una Majestad*. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino que quien contentare a la una de estas tres Personas divinas, contenta a todas tres, y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y *donde está el uno están todas tres, que no se pueden dividir* (CC 60,2-4; cf. 14,1; 15,1; 22,3; 36; 54,18-22).

⁵⁴ En ->10,17-19 recogimos en síntesis la descripción que de este estado espiritual hace en las *VII Moradas*. Aquí seguiremos preferentemente las descripciones, más íntimas y confidenciales, que hace de la inhabitación en las *Cuentas de Conciencia* (= CC) correspondientes más o menos al último decenio de su vida, 1571-1582.

En las VII Moradas describe la Santa *los efectos de la inhabitación de la Trinidad*, que ya en la unión es relativamente plena: grandísimo gozo del alma, hecha «una cosa con Dios» (2,4), un extraño olvido de sí misma (3,2), un ardiente celo apostólico (3,4), un «grandísimo silencio» interior, una paz profunda (3,11-12), aunque no falta la cruz (3,2; 4,2-9)...

Son unas grandezas tales que de nuevo desea el alma salir de este embarazo que hace el cuerpo para no gozar de ellas, que, aunque parece no son para nuestra baja entender algo de ellas, queda una ganancia en el alma —con pasar en un instante—, sin comparación mayor que con muchos años de meditación, y sin saber entender cómo (CC 36,3).

San Juan de la Cruz

San Juan de la Cruz estudia también el secreto misterio de la inhabitación de la Trinidad como fase culminante de la deificación del hombre⁵⁵. Es «lo más a que en esta vida se puede llegar»:

No dudo de que algunas personas, no entendiéndolo por ciencia ni sabiéndolo por experiencia, o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí. Pero a todos éstos yo respondo que no es de tener por increíble que se cumpla en el alma fiel en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió (que si alguno le amase... Jn 14,23); lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abisal de su dulzura (Ll 1,15). El Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma (C 1,6).

La inhabitación es sobre todo *un misterio de amor inmenso de Dios al hombre y del hombre a Dios*. El mayor sufrimiento del cristiano —lo sepa o no— es no amar a Dios con todas sus fuerzas. «El vacío de la voluntad es hambre de Dios tan grande que hace desfallecer al alma» (C 3,20). Ya decía Dios a Santa Catalina: «siendo yo infinito, requiero infinito afecto de amor»⁵⁶. Por eso *Dios difunde en el corazón del hombre su caridad por el Espíritu Santo* (Rm 5,5), y el hombre entonces «puede» amar a Dios debidamente, y su alma se «centra» más y más en Dios, y se «incendia» en su amor.

Así ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios. La cual fuerza es en el Espíritu Santo, en el cual está el alma allí transformada. El le da su misma fuerza con que pueda amarle. Hasta llegar a esto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaría, si no sintiese que ama a Dios tanto cuanto de El es amada (C 38, 3-4). Y porque en esta dádiva que hace el alma a Dios le da al Espíritu Santo como cosa suya con entrega voluntaria, para que en él se ame como él merece, tiene el alma inestimable deleite y fruición, porque ve que da ella a Dios cosa suya propia que cuadra a Dios según su infinito ser. Esta es la gran satisfacción y contento del alma, ver que da a Dios más que ella en sí es y vale. Es amar a Dios en Dios (Ll 3,79-82).

El amor es la inclinación del alma y la fuerza que tiene para ir a Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios; y así, cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra con El. De donde podemos decir que cuantos grados de amor de Dios el alma puede tener, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro, porque el amor más fuerte es más unitivo. De manera que para que el alma esté en su centro, que es Dios, basta que tenga un grado de amor, porque por uno sólo se une con El por gracia; si tuviere dos grados, se habrá unido y concentrado con Dios otro centro más adentro... y si llegare hasta el último grado, llegará a herir el amor de Dios hasta el último

⁵⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591) expuso la purificación espiritual que lleva al hombre a la deificación en *La Noche oscura de la Subida al Monte Carmelo* (redactada ca. 1578-1585, editada Alcalá de Henares 1618). Estudió más la deificación como inhabitación en el *Cántico espiritual* (red. ca. 1577-1582, edit. París 1622, Madrid 1630; siglas CA = primera redacción exclusivamente, CB = segunda exclusiv., C = texto en ambas redacciones), y en la *Llama de amor viva* (red. ca. 1584-1585, edit. Alcalá de H. 1618; siglas Ll = Llama, Ll A = primera redac., Ll B = segunda redac. definitiva, que seguiremos nosotros normalmente). Citamos extractando frecuentemente. Cf. EFRÉN DE LA M. DE DIOS, *SJC y el misterio de la S. Trinidad*, Zaragoza 1947.

⁵⁶ *Diálogo* p. I, cp. 3, 4: o. c.200.

centro y más profundo del alma, lo cual será transformarla y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios (Ll 1,13). El alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor que nace de aquel punto encendido del corazón del espíritu (ib. 2,11).

La presencia creacional de Dios en el hombre es cosa muy distinta de esta inhabitación por gracia, por amor, que puede significarse por el «más íntimo e interior y estrecho abrazo» entre el alma y su Esposo.

Dios mora secretamente en el seno del alma, porque en el fondo de la sustancia del alma es hecho este dulce abrazo. Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas, porque si así no fuese, no podrían ellas durar. Pero hay diferencia en este morar, y mucha; porque en unas mora solo, y en otras no mora solo, en unas mora agradado, y en otras mora desagradado⁵⁷; en unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar nada ni hacer nada... Mora secretamente, porque a este abrazo no puede llegar el demonio ni el entendimiento del hombre alcaniza a saber cómo es. Pero al alma misma, en esta perfección, no le está secreto, pues siente en sí este íntimo abrazo; pero, según estos recuerdos [actuales], no siempre, porque, cuando los hace el Amado, le parece al alma que recuerda [que despierta] él en su seno, donde antes estaba como dormido, que, aunque le sentía y gustaba, era como el amado dormido en el sueño; y, cuando uno de los dos está dormido, no se comunican las inteligencias y amores de entrambos hasta que ambos están recordados [y despiertos]. ¡Oh, qué dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando y reposando en su seno! Está él allí de ordinario como dormido en este abrazo con la esposa, en la sustancia de su alma, al cual ella muy bien siente y de ordinario goza. Porque, si estuviese siempre en ella recordado, comunicándose las noticias y los amores, sería ya estar en la gloria. En oírás almas que no han llegado a esta unión, aunque no está [Dios] desagradado, porque al fin están en gracia, pero, por cuanto aún no están bien dispuestas, aunque mora en ellas, mora secreto para ellas, porque no le sienten de ordinario sino cuando él les hace algunos recuerdos sabrosos (Ll 4,14-16).

La inhabitación de la Trinidad en el alma se realiza, pues, como un vivificante «abrazo cristológico», que el Verbo Esposo da al cristiano en el centro y fondo de su alma (Ll 4,3), «con cierta consumación de unión de amor» (C 22,3).

Verdaderamente es abrazo, por medio del cual abrazo vive el alma de Dios (Vivo, ya no yo, vive en mí Cristo, Gal 2,20). Viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa como es la vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida tan sabrosa será ésta que vive, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite de gloria de Dios en la sustancia del alma ya transformada en El (C 22,6).

Pero el Esposo está allí como Hijo engendrado del Padre, y ambos están alentando el Espíritu Santo⁵⁸. El misterio de la vida trinitaria se da en el alma por la inhabitación, y ella participa así en las relaciones de las Personas divinas. El misterio es inefable, y San Juan de la Cruz apenas logra dar un vislumbre de su experiencia mística...

Este 'aspirar del aire' [de la Canción] es una habilidad que dice el alma que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo, para que ella espire en Dios la misma espiración de amor que el Padre espira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo, que a ella la espira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo. Porque no sería verdadera y total transformación ¡si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. El alma, unida y transformada en Dios, espira en Dios a Dios la misma espiración divina que Dios —estando ella en El transformada— espira en sí mismo a ella. Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta que el alma espire en Dios como Dios espira en ella por

⁵⁷ 57. SJC siempre que tiene ocasión recuerda que «nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal, dándole y conservándole el ser natural, cuánto menos de la que está en gracia»; C 1,8.

⁵⁸ 58. La visión de SJC es siempre cristológico-trinitaria. Nótese que en la llama de amor viva la Canción primera habla del alma incendiada por k llama del Espíritu Santo (¡Oh llama de amor viva...!); la Canción segunda, vers. 1, sigue el mismo tema (¡Oh cauterio suave!), y en el vers. 3 (¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!) la mano del Padre nos da el toque de su Hijo; la Canción cuarta culmina el abrazo del alma con Cristo, y por El con toda k Trinidad.

modo participado, porque, dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre en ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad, pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma? Porque esto es estar [el alma] transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la creó a su imagen y semejanza (Gen 1,26) (C 39,3-4).⁵⁹

Místicos y teólogos explican con relativa facilidad *la filiación* del Verbo, y cómo el Espíritu Santo nos hace hijos del Padre en el Hijo unigénito. Sin embargo, se hace mucho más difícil expresar —tanto en el misterio trinitario como en la inhabitación por gracia— cómo, del mutuo amor entre el Padre y el Hijo, es *la espiración* del Espíritu Santo. Cuando San Juan de la Cruz trata en este punto de expresar su vivencia mística, abandona el intento. Con estas palabras termina la Llama:

De esa espiración, llena de bien y gloria y delicado amor de Dios para el alma, yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no lo he de saber decir, y parecería que ello es, si lo dijese. Porque es una espiración que hace al alma Dios, en que, por aquel recuerdo del alto conocimiento de la Deidad, *la espira el Espíritu Santo en la misma proporción que fue la inteligencia y noticia de Dios, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, enamorándola* con primor y delicadeza divina, según aquello que vio en Dios (Ll B 4,17); porque, siendo la espiración llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria el Espíritu Santo, en que la enamoró de sí sobre toda lengua y sentido en lo profundo de Dios. Y por eso, aquí lo dejo (Ll A 4,17).

Síntesis teológica

La Revelación desveló progresivamente el misterio de la inhabitación divina, y la enseñanza de los Padres y de los místicos han ido fundamentando ciertos intentos de explicación teológica, que alcanzan algunos acuerdos fundamentales⁶⁰. En efecto, la inhabitación es una *presencia real, física*, de *las tres Personas* divinas, que se da *en todos los justos*, y *sólo en ellos*, es decir, en las personas que por la gracia están en amistad con Dios. Se trata de una *presencia de las mismas Personas divinas*, no de meros dones santificantes, pero para que aquella divina presencia pueda darse *es necesaria la efectiva producción divina de los dones de gracia* en el hombre, y esa causalidad santificante es *común* a las tres Personas divinas. Por último, el hombre se abre a la inhabitación de Dios *por el conocimiento y el amor*, en otras palabras, por la fe y la caridad sobrenaturales. Estos *hábitos* —virtudes de gracia— implican la presencia de la Trinidad, aunque no estén en *acto*⁶¹.

⁵⁹ Hemos traducido el «aspirar-» de SJC por «espirar». Hoy aspirar se entiende como atraer el aire al interior de los pulmones, mientras que el aspirar de SJC tiene el sentido latino de «aspirare», echar el aliento hacia algo, soplar; este fue el primer sentido castellano de aspirar, ya en el s. xin. *Espirar*, pues, es comunicar el Espíritu (cf. p. ej. Jn 20,22).

⁶⁰ Cf. J. TRÜTSCH, SS. *Trinitatis inhabitatio apud theologos recentiores*, Trento 1949; T. URDÁNOZ, *Influjo causal de las divinas Personas en la inhab. en las almas justas*, en «Rev. Esp. de Teología» 8 (1948) 141-202; V. RODRÍGUEZ, *Inhab. de la Sma. Trinidad en el alma en gracia*, en «La Ciencia tomista» 86 (1959) 65-115; M. Flick-Z. ALSZEGHY, *El evangelio de la gracia*, Salamanca, Sigüeme 1967, 492-507; R. MORETTI, *inhabitation*, *Dict. Spirit.* 7 (1971) 1745-1757; A. TURRADO, o. c. 136-146; una buena síntesis, clara y asequible, cf. A. ROYO MARÍN, *El gran desconocido: el Espíritu Santo y sus dones*, BÁC minor 29 (1973).

⁶¹ A la hora de dar explicación teológica del misterio de la inhabitación los autores acuden normalmente a elementos comunes a todos ellos, pero *difieren en cuanto al elemento absolutamente primario (razón formal) de la inhabitación*. No podemos entrar aquí en estas discusiones teológicas especializadas. El misterio de la inhabitación tiene, sin duda, una cierta *inefabilidad*. Si «la producción del ser natural escapa a toda clasificación, es única en su género, ¿por qué no habría de suceder lo mismo-con la producción del ser sobrenatural?»: P. GALTIER, *L'habitation en nous des trois Personnes*, Roma 1949 (orig. París 1928) 219. No obstante, como en seguida veremos, la aproximación teológica al tema da luces, sumamente valiosas. Hay que penetrar el misterio, y llegar hasta donde se pueda.

Sellados en Cristo por el Espíritu Santo como hijos del Padre

Los Padres, siguiendo a San Pablo, ven al hombre nuevo como *marcado por el sello viviente de las tres Personas divinas*, y

como los Padres de la Iglesia, Santo Tomás ve en la producción de la gracia una operación que asemeja propiamente nuestro ser a las Personas divinas, en una obra que, por su misma naturaleza, exige y explica la especial presencia de Dios propia de las almas justas⁶². La imagen de Dios en nosotros es producida por la aplicación *dilecta e inmediata* que las Personas divinas nos hacen de su sustancia⁶³.

Dios —uno y trino— en el hombre: El Dios viviente, creador del cielo y de la tierra, renovador de todo el universo, el absoluto Señor de todo lo visible e invisible, Padre, Hijo, Espíritu Santo, vive en el corazón del hombre como en un templo. Dice Scheeben:

Solamente cuando la Persona aparece como un sello, que se imprime en la criatura, que se estampa en ella con su carácter divino e hipostático, solamente entonces puede decirse en el sentido propio y lleno de la palabra que la divina Persona misma, no solamente un don derivado de ella, es introducida en la criatura, es dada a la criatura, se manifiesta y está presente en ella; sólo entonces puede decirse que no por alguna emanación de su virtud, sino mediante un desbordamiento de la corriente en la que se verifica su procesión eterna entra en la criatura y, por tanto, es enviada en sí misma a ella.

En la efusión del amor sobrenatural, filial, divino, en la 'caritas' que se infunde en nuestros corazones, precisamente por copiarse en ella la efusión interior del amor entre el Padre y el Hijo, prosigue también ésta, de tal manera que podemos decir no sólo que el amor nos es dado y difundido en nosotros, sino también que no» es dado en este amor y es difundido en nosotros el mismo Espíritu Santo; o más bien, [podemos decir que] precisamente por comunicarse, por introducirse en nuestra alma el Espíritu Santo —la corriente del amor divino—, entra también en nuestro corazón el derramamiento del mismo, el 'habitus' y el 'actus' de la 'caritas' (cf. Rm 5,5)

De un modo análogo, *en la comunicación de la luz sobrenatural* divina y del fulgor de la naturaleza divina en nuestra alma, en la impresión de la semejanza divina sobrenatural, se irradia sobre nosotros el esplendor del Padre; se imprime en nuestra alma su imagen consubstancial, *el Hijo*; nace en nosotros de nuevo el Hijo de Dios mediante la imitación y prolongación de la producción eterna (cf. Gal 4,13; Ef 3,17).

Estas dos imágenes: *el propagarse la llama del amor divino* —que flamea en el Espíritu Santo— a la criatura, encendiendo en ella una llama semejante, y *la iluminación de la sublimidad divina* —que resplandece en el Hijo— en la criatura, produciendo en ella un fulgor luminoso semejante, nos da una visión viva de *las dos misiones divinas como continuaciones de las procesiones eternas* y de la entrada de éstas en la criatura.

Y ni siquiera es posible concebir que una vez hecha la impresión —como ocurre con el sello material— pueden dejar el contacto de la impronta, porque ésta, así como recibe su existencia únicamente de ellos, también sólo en ellos puede mantenerse⁶⁴.

La Trinidad divina ha quedado constituida en principio de la vida del hombre, de sus palabras y acciones, de su conocimiento, memoria y amor. Conocemos a Dios en Dios, amamos a Dios en Dios, amamos a los hombres en Dios, dominamos el mundo en el Señor del mundo, somos hijos en el Hijo. *Cristo está en nosotros respirando*, comunicándonos con el Padre su Espíritu, Es verdad, pues, lo de San Juan de la Cruz: «Esto es estar [el alma] transformada en las tres Personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la creó a su imagen y semejanza» (C 39,4; cf. Ll 3,79,82)⁶⁵.

⁶² P. GALTIER, o. c. 226.

⁶³ *Ib.* 218.

⁶⁴ M. J. SCHEEBEN, *Los misterios del cristianismo*, II, 29: Barcelona, Herder 1953, extractos 167-169.

⁶⁵ *El hombre* —«imagen y semejanza de Dios»—, revestido ahora de gracia, *tiene en el mismo Dios uno-trino su causa eficiente, ejemplar, final y cuasi-formal*. Dios se hace «vida del alma», el Espíritu divino cumple en el hombre oficio comparable «con k función que ejerce el principio de vida o alma en el cuerpo humano» (LG 7g). Dios, ciertamente, no *informa* el hombre por la deificación, pero se constituye realmente en principio

Y todo esto sucede *en Cristo*. En la humanidad de Cristo se halla la clave del misterio de la inhabitación por gracia. Somos piedras vivas del Templo de Dios sobre la tierra, Jesucristo, y bebemos de las aguas que fluyen de ese Templo, el Espíritu Santo. La gracia de la inhabitación deriva de la unión hipostática de Cristo.

De alguna manera la humanidad de Cristo ha entrado en la vida trinitaria en razón de la maravillosa unión hipostática. Esa humanidad es absolutamente santa, pues ha sido personalmente asumida por el Verbo, y en él ha establecido con el Padre unas (relaciones de plena filiación, y ha quedado unida al Padre y al Hijo en la espiración del Espíritu Santo. Y «*nosotros hemos sido hechos gratos [al Padre] en su Amado*» (Ef 1,6). Nuestra gracia fluye de la de Jesús. En la inhabitación, el Padre nos ama en su Hijo, y con él espira en nosotros al Espíritu Santo⁶⁶.

Por otra parte, al meditar en la inhabitación no se olvide que *Cristo fue inaugurado para los hombres como Templo de Dios mediante su muerte-resurrección, es decir, una vez destruido fue reedificado; y que nosotros somos templos en el Templo*. Esto implica directamente tres cosas: 1.—los cristianos hemos de morir y resucitar en Cristo, y solamente en la medida en que comulgamos de verdad con su *sacerdocio-victimial*, en esa medida somos templos de Dios, ámbito santo y santificante para nuestros hermanos; 2.—los cristianos hemos de vivir la inhabitación como un misterio a un tiempo *personal y eclesial*; somos templos en el Templo, que es la Iglesia, Cuerpo de Cristo. No hemos de vivir la inhabitación como algo «privado», pero tampoco hemos de vivir en la Iglesia sin la conciencia gozosa de la inhabitación personal; 3.—precisamente porque la inhabitación es en la Iglesia, cuerpo social de Cristo, la *donación del Espíritu está en conexión con ciertos medios externos* (el anuncio de la Palabra, el régimen sacramental): ésta es la vía «normalmente» dispuesta en la economía de Dios —que, ciertamente, puede comunicar su Espíritu donde quiera y como quiera (Jn 3,8)—.

Amistad con Dios

La sagrada Escritura nos revela que la inhabitación se produce *conociendo y amando a Dios*: «Esta es la vida eterna, que te *conozcan* a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17,3). «Si alguno me *ama*... haremos morada en él» (*ib.* 14,23). En esta perspectiva teológica se sitúa Santo Tomás:

el especial modo de la presencia divina propio del alma racional consiste precisamente en que Dios esté en ella como lo conocido está en aquel que lo conoce y como lo amado en el amante (*sicut cognitum in cognoscente et amatum in amante*). Y porque, conociendo y amando, el alma racional aplica su operación al mismo Dios, por eso, según este modo especial, se dice que Dios no sólo *es* en la criatura racional, sino que *habita* en ella como en su templo⁶⁷.

Es, pues, la inhabitación una presencia consciente y amorosa de Dios en el hombre. Dicho de otro modo, es una amistad, una amistad que lleva hasta el límite supremo posible la alianza sellada entre Dios y el hombre en Cristo.

radical de su nueva vida en Dios. Cf. P. DE LA TAILLE, *Actuation cree par Acte incréé. Lumière de gloire, grâce santifiante, unión hyposta-tique*, en «Rech. de science religieuse» 18 (1928) 253-268, 297-325; K. RAH-NER, *Sobre el concepto escolástico de la gracia increada*, en *Escritos de teología*, I, Madrid, lauras 1961 (orig. 1939) 349-377; F. BOURASSA, *De missionibus et inhabitatione Penonarum divinarum*, Roma, ed. privada Gregoriana 1970; sobre la deificación del hombre en sus operaciones, S. I. DOCKX, *Fus de Dieu par grâce*, París 1948.

⁶⁶ Cf. E. CATHERINET, *La S. Trinité et notre filiation adoptive*, en «La Vie spirituelle» 39 (1934) 113-128; E. MERSCH, *Filii in Filio*, en «Nouv. Rev. Théologique», 65 (1938) 551-582, 681-702, 809-830.

⁶⁷ *Summa Thlg.* I, 43, 3 in c.; cf. sobre la teología tomista de la amistad, M. Flick-Z. ALSZEGHY, o. c. nn. 21, 93 y 101.

La caridad no significa solamente amar a Dios, sino también tener cierta amistad con El. Y *la amistad añade al amor que en ella el amor es mutuo y que da lugar a cierta intercomunicación*. Esta sociedad del hombre con Dios, este trato familiar con él, comienza por la gracia en la vida presente, y se perfecciona por la gloria en la futura. Ahora bien, no puede el hombre tener con Dios *esa amistad que es la caridad*, si no tiene *je*, una fe por la que crea que es posible ese modo de asociación y trato del hombre con Dios, y si no tiene también *esperanza* de llegar a esa amistad. Por eso, la caridad [y consecuentemente la inhabitación] es imposible sin la fe y la esperanza⁶⁸.

La inhabitación de Dios en el hombre es, pues, *un misterio de amistad, y la amistad es la más alta forma del amor*⁶⁹. La inhabitación es unión de Dios y el hombre obrada por el amor, pero no por cualquier dase de amor, sino por el amor de amistad.

Bien puede darse amor entre personas muy distantes entre sí, pero no amistad, porque no pueden tratar juntos (non conversantur simul), lo cual es propio de la amistad⁷⁰. La caridad es una amistad, y la amistad importa unión, porque el amor es una fuerza unitiva⁷¹.

Suárez llega a pensar que si Dios no estuviera ya presente en el hombre por su omnipresencia, bastaría esa amistad que establece con los justos para estar presente en ellos.

La amistad perfectísima, máximamente espiritual y divina, por sí misma exige la íntima presencia de Dios en el hombre, el cual, por la fuerza de tal amistad, constituye a Dios amigo con real existencia dentro de sí mismo, hasta el punto de que si esa presencia no se diera por otro título, éste bastaría... Por la gracia y la caridad Dios permanece en el alma como objeto conocido y amado, y esto no de cualquier manera, sino como amigo íntimamente amado, que, objetivamente, no se dice está en el amante de cualquier manera, sino como bien íntimamente presente, y existiendo al interior del mismo amante, para que especialmente le guarde y guíe, y por él sea alabado y adorado en su corazón⁷².

Esta suprema amistad, la inhabitación, hace que Dios en el hombre sea *conocido como presente*, es decir, *como objeto experimentalmente cognoscible y amable (fruibile)*, en expresión de Juan de Santo Tomás:

Supuesto ya el contacto y la íntima existencia de Dios dentro del alma, *Dios se hace presente de un modo nuevo por la gracia como objeto experimentalmente cognoscible y fruible en ella misma*, como si nuestra alma, que es íntimamente presente a nosotros, como raíz y principio de todos nuestros actos, se hiciera a nosotros presente y manifiesta también como objeto, no de cualquier manera conocido y objetivamente detectado, sino en cuanto algo íntimo a nosotros, que es raíz de nuestro ser y de nuestro obrar: esto es conocer algo experimentalmente como tocándolo al conocerlo. Pues bien, a Dios no se le conoce solamente *por la je*, lo que es común a los creyentes justos o pecadores, sino también *por el don de sabiduría*, que da un gustar, un experimentar íntimamente [a Dios]⁷³.

No viene Dios a vivir en nuestra casa, en nuestra alma, para que nosotros ni nos demos cuenta de ello. Ya dice El mismo por San Pablo que «nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, *para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido*» (I Cor 2,12). Aquella espiritualidad cristiana que no reconozca en el misterio de la inhabitación divina el centro absoluto, es una espiritualidad excéntrica, por no decir falsa.

Las Personas divinas, en la inhabitación, se nos entregan, se nos «dan», para que las poseamos, para que vivamos con ellas. Fijémonos si no en el lenguaje mismo de la

⁶⁸ Summa Thlg. I-II, 65, 5 in c.

⁶⁹ ID., in III Sententiarum, d. 27, 2, 1, in fine c.

⁷⁰ ID., ib. A. 32, 1, 1, 2m; y añade: «Aunque Dios diste infinitamente de la criatura, sin embargo obra en ella, y en ella está, y por tanto puede establecer con ella amistad». Nótese cómo la omnipresencia divina fundamenta la inhabitación de Dios por gracia.

⁷¹ ID., Summa Thlg. II-II, 25, 4 in c.

⁷² De Trinitate I. 12, c. 5, 13-14.

⁷³ 73. Tractatus de sacro Trinitatis mysterio, disp. 17, a. 3, 10-12; cf. M. CUERVO, La inhab. de la Trinidad en toda alma en gracia, según 'lian de Sto. Tomás, en «La ciencia tomista» 69 (1945) 114-220.

Revelación:

La Gracia increada es descrita en el Nuevo Testamento como una *donación personal* de Dios al hombre (Jn 14,21-24; I Jn 2,23-26; 4,13-16) — escribe Alfaro — ... ¿no debería la teología consagrar definitivamente las categorías 'donación personal', 'intimidad personal', como necesarias y las más apropiadas para explicar el misterio de la inhabitación? ⁷⁴.

Espiritualidad de la inhabitación

La espiritualidad de la inhabitación es la espiritualidad cristiana, sin más. Pero aquí vamos solamente a señalar *algunos rasgos de la espiritualidad cristiana más directamente referentes al misterio de la inhabitación de Dios en el alma*, y lo haremos muy esquemáticamente.

— *Conciencia de la dignidad celeste de la vocación cristiana*. ¡Si conociéramos el don de Dios! (Jn 4,10). Así como la condición del niño se comprende en referencia al hombre adulto que llegará a ser — y sin tal referencia la vida del niño sería un enigma —, del mismo modo la gracia se explica por la gloria, y la inhabitación por la visión beatífica. «Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina» (GS 18b). Y en la tierra la inhabitación produce en nosotros una unión con Dios tan admirable que «sólo en la condición o estado, pero no en la esencia, se diferencia de la que constituye la bienaventuranza en el cielo»⁷⁵. Es actual la posesión de Dios por la caridad, que es la misma en la tierra y en el cielo. Los primeros cristianos, perdidos en el mal del mundo, tenían tan viva conciencia de ser la Presencia de Dios entre los hombres, que se veían como «causa de la conservación de la naturaleza»⁷⁶.

— *Respeto de sí mismo y del prójimo*. El cristiano, al conocerse como portador de Dios, y al ver igualmente al prójimo como templo divino (o, al menos, llamado a serlo), tiene un sentido de la propia dignidad y, en general, de la dignidad humana, que el no creyente no puede comprender. Veneración de la Iglesia, de la asamblea litúrgica, epifanía eclesial, de la comunión de los santos, dispersos sobre la tierra: «lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo»⁷⁷.

— *Humildad*. Conciencia de que son las Personas divinas las que actúan en nosotros. Olvidar esto (la soberbia o la vanidad) sería como si el cuerpo creyera que obraba él sin el alma.

— *Horror al pecado*: a la mentira, a la borrachera, a la codicia, a la fornicación, a la violencia, a la injusticia, al odio, a todo pensamiento, deseo, palabra u obra incompatibles con la Trinidad inhabitante. Respeto sumo del cuerpo —propio y ajeno—, y del alma —propia o ajena—. Temor a dañar la unidad de la Iglesia. También temor de Dios.

¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? *Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá*, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor 3,16-17). Es preciso que guardemos nuestra carne cómo un templo de Dios⁷⁸.

⁷⁴ J. ALFARO, *Persona y Gracia*, en «Gregorianum» 41 (1960) 13-14.

⁷⁵ LEÓN XIII, ene. *Divinum illud munus*: COL. ENC. 932. Y añade que «de la caridad, que es como nota propia del Espíritu Santo, tan sólo el justo participa». En el pecador el Espíritu Santo posiblemente actúa, pero «todavía no inhabita»; conc. TRENTO: DENZ 898/1678. De modo que entre el *pecador* y el *justo* hay un salto ontológico cualitativo, en tanto que entre el *justo* —el que está en amistad, en gracia de Dios— y el *bienaventurado* hay continuidad esencial.

⁷⁶ S. JUSTINO, *Il Apología* 6, 1: PPAA 267.

⁷⁷ Ep. a Diozneto 6, 1: PPAA 851.

⁷⁸ S. CLEMENTE ROMANO, *II Carta a los Corintios* 9, 3: PPAA 362.

—*Gozo inmenso*. Las Personas divinas se nos «dan» para que las «disfrutemos», se nos dan amistosamente, para que conversemos con ellas. El Espíritu Santo, aliento del Padre y del Hijo, se fia hecho como alma nuestra. Experimentamos en nosotros su acción, nos alegramos viendo que nos mueve, pues somos hijos de Dios, contemplamos su obra en nosotros y en nuestros hermanos, con inmenso gozo. «Dulcís hospes animae». Vida cristiana, preludio de la bienaventuranza eterna.

—*Oración*. El misterio de la inhabitación es unión de caridad amistosa entre Dios y el hombre. Dice Santo Tomás:

La amistad busca sobre todo *conversar* con el amigo y *verle*⁷⁹. La conversación con los amigos nos es tan grata porque conocemos así sus bienes, que nos alegran como si fueran nuestros⁸⁰. Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre —exhorta San Juan Crisóstomo—, adórnate con la modestia, la humildad, las buenas obras, y por encima de todo, como culmen del edificio, pon tú la oración, a fin de preparar a Dios una casa perfecta, ya que, por su gracia, es como si poseyeras su mismo icono colocado en el templo de tu alma⁸¹.

—*Celo apostólico*. Celo por la santidad y la dilatación del Templo de Dios en el mundo. Deseos de servir a Dios y de glorificar su nombre entre los hombres. Obrar desde el Señor, en su nombre (I Cor 10,31; Col 3,17), obrar no buscando los propios intereses, sino los de Jesucristo (Flp 2,21), que nos abre al interés del prójimo (I Cor 10,24; Flp 2,4). Obrar con el Señor según las leyes de la amistad:

Cuando alguien ama a otro con amor de amistad, *quiere el bien del amigo como si fuera su propio bien, pues para él su amigo es como otro yo*⁸², y la amistad se conserva y crece por la práctica de las otras amistosas y por la *meditación*⁸³.

—*Atención a lo interior*. Conciencia acogedora de la Presencia divina como fuente permanente de nuestra personalidad, de nuestra única personalidad posible, la que se desarrolla en Cristo. Contemplar en uno mismo —y en los prójimos— la presencia operante de Dios, «Atención a lo interior / y estarse amando al Amado»⁸⁴. Evitar por todos los medios la dispersión del alma fuera de sí misma. Fundir la oración y el trabajo. Guardar la presencia de Dios. Pensar siempre en él, acordarse siempre de él, hablarle, hablar de él, amarle siempre⁸⁵. El cristianismo es un misterio de interioridad, tiene su núcleo en la íntima amistad que establece Dios con el hombre, haciéndose presente a su alma como amigo, como amigo secreto. Desde ahí irradia en el mundo. Dejemos en esto la última palabra a San Juan de la Cruz:

'El reino de Dios está dentro de vosotros' (Le 17,21)... ¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de ti, pues *dentro de ti* tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es *tu Amado*, a quien desea y busca tu alma? Ahí le desea, ahí le adora y no le vayas a buscar fuera de ti; porque te distraerás y cansarás y no le hallarás ni gozarás más ciertamente, ni más pronto, ni más cerca

⁷⁹ In III Sententiarum, dist. 27, 2, 1, 11m.

⁸⁰ Ib. 29, 1, 5, 6m.

⁸¹ Hom. VI, suppl.: MG 64, 466, extracto.

⁸² STO. TOMÁS, Summa Tblg. I-II, 28, 1, 1 in c.

⁸³ I., II-II, 82, 2, 2m. La amistad impulsa a hacer bien al amigo, quitarle o disminuir sus males, y hallar en él el bien propio; cf. opuse. 61,11: De dilectione Christi et proximi.

⁸⁴ S. JUAN DE LA CRUZ, *Letrilla* 2, BAC 15 (1972) 416.

⁸⁵ Sucede, sin duda, que en la fase ascética, mientras el cristiano se une a Dios «modo humano», en un régimen prevalente de virtudes (per fidem), apenas se capta la presencia de Dios en el alma. Mientras que en la fase mística, cuando la vida sobrenatural se vive «modo divino» y es predominante el régimen de los dones del Espíritu Santo (per donum sapientiae), el cristiano conoce experimentalmente que es templo del Dios eterno. Pero si todos los bautizados estamos llamados por Dios al pleno desarrollo de nuestro ser, y esta relativa plenitud de crecimiento sólo es posible en la fase mística (→10,45), esto significa: que *todos estamos llamados a la mística percepción de la inhabitación de Dios en nuestras almas*, que en ella está el culmen de la vida cristiana, y que hacia ella, ha de orientarse el crecimiento espiritual desde el principio.

que dentro de tí. Sólo hay una cosa, y es que aunque está dentro de ti, *está escondido*. Pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido para buscarle allí a lo cierto... Pero todavía dices: Pues está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento? La causa es porque *está escondido y tú no te escondes también para hallarle y sentirle*; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla él también está escondido como ella. Tu Esposo amado es 'el tesoro escondido en el campo' de tu alma (Mt 13,44)... ¡Ea, pues, alma hermosa!, ya que sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con El bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afecto de amor (C 1,7-1").

Oh, almas creadas para estas grandezas y para ellas llamadas, ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorías, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!⁸⁶.

⁸⁶S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico* 39,7.

CUADERNOS DE ESPIRITUALIDAD PUBLICADOS

- 1.—La santidad. 2.—Dios llama. 3.—El pecado del mundo.
4.—Gloria, a Dios. 5.—Haced penitencia. 6.—libres del mundo.
7,—Abnegación y liberación. 8.—El trabajo. 9.—La oración (I). 10.—La oración. (II).*